

COMENZAR A ORAR

ANTHONY BLOOM

PRESENTACION

A primeros de este año 1980 en que estoy escribiendo informaba yo a un amigo de las últimas novedades que en el mundo de la Iglesia y de la cultura había observado en un reciente viaje a París. Y le decía: «Pero lo más curioso es el auge del interés por la oración. «Prier», la revista exclusivamente dedicada a ese tema, cara, editada en excelente papel y con hermosas ilustraciones, sigue consolidando su éxito. Me hablan de una cifra de suscripciones, 40.000, que parecería fantástica si no fuera tan de fiar la fuente de la que procede la noticia. Una visita hecha con calma a «La procure» (la mejor librería religiosa de París) confirma esa impresión. Las series francesas de fascículos monográficos han dedicado alguno a la oración. Y abundan los libros de todo formato, orientación y precio consagrados al tema. Es increíble este interés por el más puro de los temas religiosos, sin implicación alguna de orden político, social o cultural)). No lo decía entonces, pero ahora tendría que añadir que esa inquietud tiene ya manifestaciones tan curiosas como la búsqueda de métodos de oración no cristianos, búsqueda que si es cierto que puede atribuirse al complejo de inferioridad que ahora tenemos los católicos (cualquier cosa de fuera» es mejor que las nuestras), no deja también de reflejar un interés por el tema que no se detiene en los cauces tradicionales y llega hasta los límites de lo más fronterizo o discutible.

Una manifestación más de esa inquietud por la oración, del deseo de aprender a practicar la oración, la tenemos en este libro que nos llega después de haber sido editado catorce veces ya, entre 1970 y 1980, en Londres. Es decir, a más de una edición por año, y no hechas en un país que viva tradicionalmente su cristianismo, sino en uno muy trabajado por la secularización y la llegada de grandes masas a la triste fase del postcristianismo. Un libro que durante diez años se vende a ese ritmo, sin concesión alguna a lo escandaloso, a lo político o a lo estridente, supone que el autor ha tenido acierto al elegir un tema muy actual y al desarrollarlo.

Y, sin embargo, como pronto va a comprobar el lector, el libro es sencillísimo. No encontrará páginas dedicadas a temas metafísicos o de alta especulación teológica. Antes al contrario, le chocará más de una vez la sencillez «doméstica», el carácter absolutamente práctico, con una practicidad inmediata, de las cosas que aquí se le sugieren. Se lee sin dificultad, justamente porque el autor ha querido evitar disquisiciones. Ante sus ojos está un hombre de hoy, a quien la civilización audiovisual y los métodos modernos de enseñanza han incapacitado casi para seguir el curso de una serie de ideas abstractas. Pero que no por eso deja de sentir el deseo de alejarse de las bajas realidades de la sociedad que le rodea, elevándose al puro mundo de la oración.

Hay llamamientos a no mirar al reloj, a no apurarse por la aparente esterilidad de los esfuerzos que se hacen, porque la «eficacia» que el hombre moderno pide a quien hace otras cosas no puede aplicarse a la oración más que por unos caminos que no son susceptibles de comprobación econométrica. Quien ora nunca pierde su tiempo, pero no hay instrumento que pueda medir lo que ha conseguido. Excede a la experiencia inmediata.

En el libro confluyen experiencias y talentos diversos. El autor habla partiendo de su experiencia personal, de hijo de emigrados rusos, de médico, de antiguo párroco, de actual arzobispo. Y lo hace con un talante inglés, puesto de manifiesto, por ejemplo, al tratar de

usted al lector, o en la delicada minucia de algunas de sus observaciones. Pero con un talante oriental, específicamente ruso, en algunas páginas. Véase, por ejemplo, la glosa que hace del «Kirie eleyson» o las citas de los Padres del desierto, particularmente de Teófanos, que están salpicadas en su obra, Se diría que quiere llevar al hombre que vive en el corazón de la gran ciudad moderna al desierto que descubrieron los primeros monjes, al menos mientras esté en oración. La impregnación contemplativa del alma oriental cristiana encuentra su complemento en el «sentido común» anglosajón a la hora de no pedir esfuerzos excesivos, proporcionándonos así unas páginas bien útiles. No olvida tampoco la espiritualidad católica romana, con la que se ve que ha tenido contacto.

La lectura será, pues, fructífera. No es libro de erudición ni de especulación. Es la respuesta que intenta dar el autor al ansia de Dios de los hombres de hoy no dándoles un manual de teodicea o teología, sino animándoles a hacer oración y encontrar en ella al Dios que buscan.

A ese mismo deseo responde esta edición en castellano. Dios haga que se cumpla esa intención del autor, que es también la nuestra.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Salamanca, 1 de noviembre de 1980.

ANTHONY BLOOM

El Metropolitano de Sourozh nació en Laussanne, el 19 de junio de 1914. Debido a que su padre pertenecía al Cuerpo Diplomático de la Rusia Imperial, pasó su infancia en Rusia y Persia. Su madre era hermana del compositor Alejandro Scriabin. La familia tuvo que abandonar Persia durante la Revolución y trasladarse a París, donde el arzobispo Anthony se educó: obtuvo la licenciatura en Física, Química y Biología y se doctoró en Medicina por la Universidad de París. Durante la Segunda Guerra Mundial prestó servicio como oficial del Ejército francés hasta la caída de Francia, y luego trabajó como cirujano en uno de los hospitales de París, y también participó en la Resistencia. En 1943 se consagró a la vida religiosa, mientras practicaba como médico en París. En 1948 fue ordenado sacerdote, y en 1949 llegó a Inglaterra como capellán de la Hermandad ortodoxa de San Albano y San Sergio, y en 1950 fue nombrado cura de la Parroquia del Patriarcado Ruso en Londres. En 1958 fue consagrado obispo, y en 1962, arzobispo, a cargo de la Iglesia rusa en Gran Bretaña e Irlanda. En 1963 también se le nombró Exarca del Patriarcado de Moscú en Europa Occidental, y en 1966, elevado al rango de Metropolitano. Tomó parte activa en trabajos ecuménicos e intereclesiales y fue miembro de la delegación de la Iglesia rusa en el Consejo Mundial de las Iglesias, reunido en Nueva Delhi, en 1961, y en Ginebra, en 1966.

COMENZAR A ORAR

ANTHONY BLOOM

I. LA AUSENCIA DE DIOS

Puesto que vamos a empezar a aprender a orar, me gustaría dejar claro que lo que entiendo por «aprender a orar» no es un intento de justificar o explicar esto a nivel meramente especulativo. Más bien me gustaría señalar aquello de lo que uno debe ser consciente y lo que uno puede hacer si desea orar. Como principiante que yo mismo soy, daré por sentado que usted también es principiante, y trataremos de empezar juntos. No me dirijo a nadie que aspire a un grado de oración mística o más elevado estado de perfección, porque esas cosas no hay que aprenderlas. Cuando Dios llega a nosotros o nosotros llegamos a Dios, en ciertas circunstancias excepcionales, porque las cosas repentinamente se nos aparecen con una dimensión que nunca habíamos percibido en ellas, o de pronto descubrimos en lo más profundo de nosotros un lugar donde reside la oración y de allí brota, no existe problema de oración. Cuando tenemos conciencia de la existencia de Dios, nos sentimos en su presencia, le adoramos, le hablamos.

Inicialmente hay, pues, un problema muy importante: la situación de aquel para quien Dios parece estar ausente. De esto es de lo que me gustaría hablar ahora. Es obvio que no me refiero a una ausencia real —Dios nunca está realmente ausente—, sino del «sentimiento» de ausencia que tenemos. Nos ponemos delante de Dios y gritamos ante un cielo vacío, del que no obtenemos respuesta. Nos volvemos en todas direcciones y no le encontramos. ¿Qué debemos pensar en esta situación?

Lo primero de todo, es muy importante recordar que la oración es un encuentro y una relación, una relación que es profunda, y esta relación no puede ser forzada ni en nosotros ni en Dios. El hecho de que Dios pueda hacerse presente o dejarnos con el sentimiento de su ausencia es parte de esta viva y real relación. Si nosotros pudiéramos mecánicamente atraerle a una cita, forzarle a encontrarnos, simplemente porque hemos escogido este momento para encontrarnos con El, no habría relación ni encuentro. Podemos hacer eso con una imagen, con la imaginación o con los diversos ídolos que podemos poner ante nosotros en vez de Dios; no podemos hacer nada de eso con el Dios vivo, como no podemos hacerlo con una persona viva. Una relación debe comenzar y desarrollarse en mutua libertad. Si se mira la relación en términos de «mutua» relación, se verá que Dios puede quejarse respecto a nosotros mucho más que nosotros respecto de El. Nos quejamos de que El no se nos hace presente durante los pocos minutos que le reservamos; pero qué decir de las veintitrés horas y media durante las cuales Dios puede estar llamando a nuestra puerta y le contestamos: «Estoy ocupado, lo siento», o cuando no contestamos en absoluto, porque ni siquiera oímos la llamada a la puerta de nuestro corazón, de nuestra mente, de nuestra conciencia, de nuestra vida. Así es que hay ocasiones en las que no tenemos derecho a quejarnos de la ausencia de Dios, porque nosotros estamos mucho más ausentes de lo que El lo está nunca.

La segunda cosa importante es que un encuentro cara a cara con Dios es siempre un motivo de juicio para nosotros. No podemos encontrar a Dios en la oración, meditación o contemplación sin ser salvados o condenados. No quiero decir esto en los términos finales de eterna condenación o de eterna salvación dada y recibida ya, pero es siempre un momento crítico, una crisis. «Crisis» viene del griego y significa juicio. Encontrar a Dios cara a cara en la oración es un momento crítico en nuestras vidas, y gracias le sean dadas a El por no presentarse siempre cuando nosotros lo deseamos, porque podríamos no ser capaces de soportar este encuentro. Recordad los muchos pasajes de la Sagrada Escritura en los que se nos dice lo malo que es encontrarse cara a cara con Dios, porque Dios es poder, Dios es verdad, Dios es pureza. Por tanto, el primer pensamiento que debemos tener cuando no percibimos tangiblemente la divina presencia, es un pensamiento de gratitud. Dios es misericordioso; no viene en tiempo inapropiado. Nos da la posibilidad de juzgarnos nosotros, de comprender, y no aparecer ante El, en su presencia, cuando podría significar condenación.

Me gustaría poner un ejemplo de esto. Hace muchos años vino un hombre a verme. Me pidió que le mostrase a Dios. Le contesté que no podía, pero añadí que, incluso si yo pudiera, no lograría verlo porque pensaba —y pienso— que para encontrar a Dios uno debe tener algo en común con El, algo que te dé ojos para ver, perceptividad para percibir. Entonces él me preguntó que por qué pensaba yo así, y le sugerí que pensara unos momentos y me dijera si había algún pasaje en el Evangelio que le emocionara particularmente, para ver cuál era la conexión entre él y Dios. El dijo: «Sí, en el octavo capítulo del Evangelio según San Juan, el pasaje que trata de la mujer adúltera». Yo le dije: «Bien, éste es uno de los más hermosos pasajes y de los más emotivos. Ahora siéntese y pregúntese a sí mismo quién es usted en la escena descrita. ¿Es usted el Señor, o por lo menos está a su lado, lleno de misericordia, de comprensión y lleno de fe en esa mujer que puede arrepentirse y convertirse en una nueva criatura? ¿Es usted la mujer descubierta en adulterio? ¿Es usted uno de los hombres viejos que se marchan rápidamente porque se dan cuenta de sus propios pecados, o uno de los jóvenes que se quedan?» Pensó por unos minutos y luego dijo: «No, creo que soy el único judío que no se marchó, pero que habría apedreado a la mujer». Le dije: «Gracias a Dios que El no le ha permitido verle cara a cara».

Este puede ser un ejemplo extremo, ¿pero con cuánta frecuencia tropezamos con situaciones similares nosotros mismos? No porque rechazamos de plano la palabra de Dios o el ejemplo de Dios; pero, aunque en forma menos violenta, hacemos lo que los soldados hicieron durante la Pasión. Nos gustaría cubrir los ojos a Cristo para poderle dar golpes libremente sin ser vistos. ¿No hacemos esto, en cierta manera, cuando ignoramos la divina presencia y actuamos de acuerdo con nuestros deseos, nuestro talante, contrariamente a todo lo que es la voluntad de Dios? Tratamos de cegarle, pero, en realidad, nos cegamos nosotros. En esos momentos, ¿cómo podemos ir a su presencia? Podemos hacerlo, en verdad, arrepentidos, compungidos, pero no podemos ir como si deseáramos ser recibidos inmediatamente: con amor y amistad.

Lea varios pasajes del Evangelio. Gente mucho más importante que nosotros dudó antes de recibir a Cristo. Recuerde al centurión que pidió a Cristo que curase a su servidor. Cristo dijo: «Iré», pero el centurión dijo: «No. Di una palabra y será curado». ¿Hacemos nosotros esto?

¿Nos volvemos a Dios y decimos: «No te hagas tangible, perceptiblemente presente ante mí. Es bastante que digas una palabra y me curaré. Es bastante que digas una palabra y "sucederán" cosas. No necesito más por el momento»? O el caso de Pedro en su barca, después de la pesca milagrosa, cuando cayó de rodillas y dijo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador». Pidió al Señor que dejara su bote porque se sentía humilde, y se sentía humilde porque, de pronto, percibió la grandeza de Jesús. ¿Hacemos nosotros así alguna vez? ¿Cuando leemos los Evangelios y la imagen de Cristo se presenta impresionante, gloriosa, cuando rezamos y nos damos cuenta de la grandeza, la santidad de Dios, decimos alguna vez: «No merezco que El venga a mi lado»? Por no mencionar todas las ocasiones en las que deberíamos ser conscientes de que El no puede venir a nosotros porque nosotros no estamos allí para recibirle. Queremos algo de El, no a El en absoluto. ¿Es eso una relación? ¿Nos comportamos de esa manera con nuestros amigos? ¿Buscamos lo que la amistad puede darnos o es al amigo a quien amamos? ¿Es esto así con respecto al Señor?

Pensemos en nuestras oraciones, las suyas y las mías; piense en el calor, la profundidad y la intensidad de sus oraciones cuando se refieren a alguien a quien ama o algo que le importa mucho en su vida. En ese caso su corazón está abierto, todo su íntimo ser está recogido en la oración. ¿Significa eso que Dios le importa a usted? No, no significa eso. Simplemente quiere decir que el objeto de su oración le importa a usted. Porque cuando ha hecho su apasionada, profunda e intensa oración relativa a la persona que usted ama o la situación que le acongoja y pasa usted al siguiente tema, que no importa tanto si, de repente, se siente indiferente, ¿qué ha cambiado? ¿Es que Dios se ha enfriado? ¿Se ha marchado? No, quiere decir que toda la alegría, toda la intensidad de su oración no nació de la presencia de Dios, o de su fe en El o su deseo de El o de ser consciente de su presencia; nació solamente de su interés por la persona, él o ella, o de la cosa, no por Dios. ¿Cómo podemos sentirnos sorprendidos, pues, que esta ausencia de Dios nos afecte? Somos nosotros los que estamos ausentes, somos nosotros quienes nos enfriamos en el momento en que no estamos interesados en Dios. ¿Por qué? Porque El no importa tanto.

Hay otras maneras de «ausencia» de Dios. Si nosotros somos auténticos, si somos verdaderamente nosotros, Dios puede estar presente y puede hacer algo con nosotros. Pero en el momento en que tratamos de ser lo que no somos, no queda nada que hacer o decir; nos convertimos en una personalidad ficticia, una presencia irreal, y a esa presencia irreal no puede aproximarse Dios.

Para poder orar, debemos estar dentro del contexto definido como Reino de Dios. Debemos reconocer que El es Dios, que El es Rey, debemos rendirnos a El. Debemos por lo menos sentirnos preocupados por su voluntad, incluso si no somos aún capaces de cumplirla. Pero si no es así, si tratamos a Dios como el joven rico que no pudo seguir a Cristo porque era demasiado rico, entonces, ¿cómo podemos encontrarle? A menudo lo que queremos encontrar por medio de la oración, por medio de la profunda relación con Dios, que ansiamos, es simplemente otro período de felicidad; no estamos preparados para vender todo lo que tenemos para comprar la perla de gran precio. ¿Luego cómo vamos a conseguir esta perla de gran precio? ¿Es eso lo que esperamos conseguir? ¿No es lo mismo en las relaciones humanas que cuando un hombre o una mujer se enamoran, el resto de la gente no les importa de la

misma manera? Para decirlo en una fórmula breve de la antigüedad: «Cuando un hombre tiene novia, no está rodeado por hombres y mujeres, sino por gente».

¿No es eso lo que podría, lo que debería suceder con respecto a todas nuestras riquezas cuando nos volvemos a Dios? Con seguridad se volverían pálidas y grises, justamente un fondo anodino sobre el cual la única figura que importa aparecería con intenso relieve. Nos gustaría justamente un toque de azul celestial en el cuadro general de nuestra vida, en el que hay tantos rincones oscuros. Dios está preparado para estar fuera de él, El está preparado para cargarlo completo como una cruz, pero no está preparado para ser parte simplemente de nuestra vida.

Así que cuando pensamos en la ausencia de Dios, ¿no vale la pena preguntarse a quién hay que echarle la culpa? Siempre acusamos a Dios, directamente a El o ante otras personas, de estar ausente, de no estar allí donde se le necesita, ni contestar cuando se le llama. A veces somos más «piadosos» (mucho, entre comillas) y decimos piadosamente: «Dios está probando mi paciencia, mi fe, mi humildad». Hallamos toda suerte de modos de dar vuelta a los juicios de Dios sobre nosotros en forma de elogios a nosotros mismos. ¡Somos tan pacientes que podemos soportar incluso a Dios!

¿No es verdad? Cuando era un joven sacerdote prediqué un sermón, uno de los muchos que prediqué en una parroquia, y una joven vino y me dijo: «Padre Anthony, usted debe ser el demonio». Yo respondí: «Es verdad que soy malo, ¿pero cómo lo sabes?» Ella dijo: «Porque ha descrito usted nuestros pecados tan bien, ¡que debe usted haberlos cometido todos!» Desde luego, la descripción de los malignos pensamientos y viles actitudes que estoy haciendo ahora probablemente es mía y no de usted; pero quizá también sea de usted, aunque pequeña.

Con lo que debemos comenzar, si deseamos orar, es con la certidumbre de que somos pecadores y necesitamos salvación, que estamos separados de Dios y que no podemos vivir sin El, y que todo lo que podemos ofrecer a Dios es nuestra desesperada ansiedad por ser de tal manera que El nos reciba, nos reciba en arrepentimiento, nos reciba con misericordia y con amor. Y así, desde que se inicia, la oración es realmente nuestra humilde ascensión hacia Dios, un momento en que nos tornamos hacia Dios, cohibidos al acercarnos, sabiendo que si nos encontramos con El demasiado pronto, antes de que su gracia haya tenido tiempo de ayudarnos para encontrarnos con El, se celebrará un juicio. Y todo lo que podemos hacer es dirigirnos a El con toda reverencia, toda veneración, adoración suprema, el temor de Dios de que seamos capaces, con toda la atención y seriedad que podamos poseer, y pedirle que haga algo con nosotros que nos permita encontrarle frente a frente, no para un juicio, no para la condenación, sino para la vida eterna.

Me gustaría recordarle la parábola del fariseo y del publicano. El publicano entra y se queda al final del templo. Sabe que está condenado; sabe que, en términos de justicia, no hay esperanza para él porque es un intruso en el Reino de Dios, el reino de la rectitud o el reino del amor, porque no pertenece al reino de la rectitud ni al reino del amor. Pero en la cruel, violenta, horrible vida que lleva ha aprendido algo de lo que el recto fariseo no tiene ni idea. Ha aprendido que en un mundo de rivalidad, en un mundo de animales depredadores, en un mundo de crueldad y falta de corazón, sólo se puede tener esperanza en un acto de misericordia, un acto de compasión, un acto completamente inesperado que no se debe ni al

deber ni a relaciones naturales, que detendrá los actos crueles, violentos, sin corazón del mundo en que vivimos. Todo lo que sabe, por ejemplo, por ser él mismo un extorsionista, un prestamista, un ladrón, etc., es que hay momentos en que sin razón, porque no forma parte de la actitud del mundo, él perdonará una deuda porque de repente se ha enternecido su corazón; que en otra ocasión no llevará a alguien a la prisión porque un rostro le habrá recordado algo o una voz le habrá llegado al corazón. No hay lógica en esto. No forma parte de la actitud del mundo, no es el estilo en que normalmente se comporta. Es algo que le surge de dentro, que es completamente absurdo a lo que no se puede resistir; y sabe también, probablemente, con qué frecuencia él mismo ha sido salvado de la catástrofe final por la intromisión de lo inesperado y de lo imposible; misericordia, compasión, perdón. Por eso se mantiene al fondo del templo, sabiendo que todo el reino dentro del templo es el reino de la rectitud y del amor divino, al que no pertenece y dentro del cual no puede entrar. Pero él sabe por experiencia también que lo imposible sucede, y es por eso por lo que dice: «Ten piedad, rompe las reglas de la rectitud, rompe las reglas de la religión, desciende con misericordia a nosotros, que no tenemos derecho a ser perdonados ni admitidos». Y yo pienso que debemos partir continuamente de ahí.

Usted probablemente recordará los dos pasajes de San Pablo donde dice: «Mi poder está manifestado en la debilidad». La debilidad no es el tipo de debilidad que mostramos pecando y olvidando a Dios, sino la clase de debilidad que significa ser completamente ligero, completamente transparente, completamente abandonado en las manos de Dios. Generalmente tratamos de ser fuertes, y de esa manera impedimos a Dios que manifieste su poder.

Recuerda usted cómo le enseñaron a escribir cuando era niño. Su madre puso un lápiz en su mano, le cogió con una mano la suya y empezó a moverla. Como usted no sabía lo que ella pretendía hacer, dejaba su mano completamente libre en la de ella. Esto es lo que quiero decir por el poder de Dios manifestándose en la debilidad. Usted puede pensar también en esto relacionándolo con una vela. Una vela puede coger el viento y ser usada para maniobrar un barco solamente por lo ligera que es. Si en vez de una vela pusiera usted una tabla sólida, no serviría; es la debilidad de la vela la que la hace sensible al viento. Lo mismo sucede con el guantelete y el guante de cirujano. ¡Qué fuerte es el guantelete y qué delicado el guante, y, sin embargo, en manos inteligentes puede hacer milagros por su misma delicadeza! De la misma manera, una de las cosas que Dios continúa enseñándonos es a reemplazar la imaginaria e insignificante cantidad de perturbadora fuerza que tenemos por esa debilidad de la entrega, del abandono en las manos de Dios. Puedo darles un ejemplo de ello.

Hace veinticinco años un amigo mío, que tenía dos hijos, fue muerto en la liberación de París. Sus hijos me habían odiado siempre porque se sentían celosos de que su padre tuviera un amigo; pero cuando el padre murió se volvieron a mí porque había sido amigo de su padre. Uno de sus hijos era una niña de quince años, que vino un día a verme a mi clínica (yo fui doctor antes de hacerme sacerdote) y vio que, además de mi instrumental tenía un volumen de los Evangelios sobre mi mesa. Entonces, con la convicción que caracteriza a la juventud, dijo: «No puedo entender cómo un hombre que se supone educado puede creer estas cosas tan estúpidas». Yo le dije: «¿Lo has leído?». Ella dijo: «No». Entonces yo respondí: «Recuerda que solamente la gente más estúpida hace juicios sobre cosas que no conoce». Después de

aquello ella leyó los Evangelios, y se interesó tanto, que cambió toda su vida, porque empezó a rezar. Dios le dio una prueba de su presencia y ella vivió de ese hecho durante un tiempo. Luego cayó enferma con un mal incurable, y me escribió una carta cuando yo había sido ya ordenado sacerdote y estaba en Inglaterra, y decía: «Desde que mi cuerpo ha empezado a debilitarse y a decaer, mi espíritu se ha revitalizado más que nunca y percibo la presencia divina fácil y jubilosamente». Le contesté: «No confíes en que dure. Cuando hayas perdido un poco más de fuerza, no te sentirás ya capaz de volverte hacia Dios y entonces sentirás que no tienes acceso a El». Después de un cierto tiempo me escribió de nuevo, y decía: «Sí, me he vuelto tan débil ahora que no puedo hacer el esfuerzo de dirigir mi espíritu hacia Dios, ni siquiera de desearlo activamente, así que Dios ha desaparecido». Pero yo le dije: «Ahora haz otra cosa. Trata de aprender humildad en la verdadera acepción de esta palabra».

La palabra «humildad» viene del latín «humus», lo que quiere decir tierra fértil. Para mí, humildad no es lo que frecuentemente entendemos: la falsa docilidad corderil, tratar de imaginar que somos los peores del mundo y tratar de convencer a otros de que nuestro falso modo de actuar indica que estamos convencidos de ello. La humildad es la situación de la tierra. La tierra está siempre ahí, siempre sin que se le preste atención nunca recordada, siempre pisada por todo el mundo, algo desechado donde arrojamos los desperdicios, lo que no necesitamos. Está ahí, silenciosa y aceptando todo y, de modo milagroso, sacando de todos los residuos nuevas riquezas a pesar de la corrupción, transformando la corrupción misma en potencia de vida y en nuevas posibilidades de creación, abierta al sol, abierta a la lluvia, preparada para recibir cualquier simiente que sembremos y capaz de dar el treinta por uno, el séxtuplo, el céntuplo de cada semilla. Le dije a aquella mujer: «Aprende a ser eso delante de Dios; abandónate, ríndete, prepárate a recibir cualquier cosa de la gente y cualquier cosa de parte de Dios». En verdad, recibió mucho de la gente; al cabo de seis meses, su esposo, cansado de tener una mujer moribunda, la abandonó; así se le arrojaron desperdicios en abundancia, pero Dios también hizo brillar su luz e hizo caer su lluvia, porque después de un breve paréntesis me volvió a escribir y dijo: «Estoy completamente acabada. No puedo dirigirme hacia Dios, pero es Dios quien desciende hacia mí».

Esto no es solamente para ilustrar lo que dije, sino algo fundamental: es en la debilidad en la que Dios manifiesta su poder y es ésta la situación en que la ausencia de Dios puede volverse presencia de Dios. No podemos capturar a Dios. Pero cuando nos mantenemos, ya como el publicano, ya como esta joven, aparte del Reino de los «derechos», sólo en el Reino de la misericordia podemos encontrar a Dios.

Trate de pensar sobre la ausencia de Dios y comprenda que antes de que pueda llamar a la puerta —y recuerde que no es solamente a la puerta del Reino entendido en un sentido general, sino que Cristo dice realmente «Yo soy la puerta») —, antes de que llame a la puerta, usted debe ser consciente de que está fuera. Si gasta el tiempo imaginando que está ya dentro del reino de Dios, no tiene sentido llamar a ninguna puerta para que se abra. Es obvio, usted mirará alrededor buscando los ángeles y los santos y dónde está la mansión que le corresponde, y cuando no vea sino oscuridad y muros, puede legítimamente considerar sorprendente que el Paraíso sea tan poco atractivo. Debemos darnos cuenta todos que todavía no estamos en él, que aún somos forasteros en el reino de Dios, y preguntarnos: «¿Dónde está la puerta y cómo se llama a ella?»

En el siguiente capítulo trataremos de ahondar en este tema de la llamada a la puerta y en el propósito de entrar, de ser un habitante del paraíso, del lugar donde la oración es posible.

II. LLAMAR A LA PUERTA

Como dije al hablar del modo en que percibimos la ausencia de Dios —que obviamente no es algo objetivo sino subjetivo— a menos de que seamos conscientes de que estamos fuera del reino de Dios, que necesitamos llamar a una puerta para que se nos permita entrar, podemos perder gran parte de nuestras vidas imaginando que estamos dentro, portándonos como si lo estuviéramos, y sin conseguir nunca esa profundidad donde el reino de Dios se despliega en toda su belleza, su verdad y su gloria.

Cuándo digo que somos intrusos, forasteros, no quiero significar simplemente que se da una situación en la que estamos radicalmente fuera o radicalmente dentro. Debemos pensar más bien en términos de un creciente progreso de profundidad a profundidad, de altura a altura, cualquiera sea la fórmula que prefiera, de modo que a cada paso ya poseemos algo que es rico, que es profundo y, sin embargo, seguimos deseando más y moviéndonos hacia algo más rico y más profundo. Es importante recordar esto, porque somos extraordinariamente ricos incluso mientras estamos en el exterior. Dios nos da tanto, somos tan ricos intelectual y emocionalmente, nuestras vidas están tan llenas, que; podemos imaginar que puede no haber nada más que esto, que sentirnos realizados y completos, que hemos alcanzado el final de nuestra búsqueda. Pero debemos saber que siempre hay más. Debemos alegrarnos de que, tan pobres como somos, seamos tan ricos; pero debemos desear las verdaderas riquezas del Reino, tener cuidado de no ser engañados por lo que ya poseemos de manera que volvamos la espalda a lo que queda delante de nosotros.

Debemos recordar que lo que tenemos es un don. La primera de las Bienaventuranzas es la de la pobreza, y solamente si vivimos de acuerdo con esta Bienaventuranza podremos entrar en el reino de Dios. Esta Bienaventuranza tiene dos aspectos. Primero, que es perfectamente claro que no poseemos nada que podamos conservar, querámoslo o no; es el descubrimiento de que yo no soy nadie y de que yo no tengo nada, total, irremediable, desesperada pobreza. Existimos porque se ha querido que existiésemos y dado existencia. No hemos hecho nada para ello, no ha sido un acto de nuestra libre voluntad. No poseemos la vida en tal modo que sea imposible a cualquiera quitárnosla, y todo lo que somos y todo lo que poseemos es así, efímero. Tenemos un cuerpo, que morirá. Tenemos una mente; sin embargo, es suficiente que un minúsculo vaso se rompa en un cerebro para que la mente más grande se extinga de súbito. Tenemos un corazón, sensible y vivo y, sin embargo, llegado un momento en que nos gustaría derrochar toda nuestra simpatía, toda nuestra comprensión por alguien que está necesitado de ello, no tenemos más que una piedra en nuestro pecho.

Así, en cierto modo, podemos decir que no poseemos nada porque no somos dueños de nada de lo que está en nuestro poder. Y esto puede conducirnos, no a sentirnos pertenecientes al reino de Dios y alegrarnos en él, sino a la desesperación, si no recordamos que, aunque ninguna de estas cosas son nuestras de tal manera que no puedan sernos quitadas, sin embargo, estamos en posesión de ellas.

Este es el segundo aspecto de la Bienaventuranza. Somos ricos, y todo lo que poseemos es un regalo y un signo del amor de Dios y el amor de los hombres, es un continuo don del amor divino; y mientras no poseemos nada, el amor divino se manifiesta continua y totalmente.

Pero todo lo que tomamos en nuestras manos para poseerlo sale del reino del amor. Ciertamente se convierte en nuestro, pero se pierde el amor. Y solamente aquellos que lo dan todo son conscientes de la verdadera, total, final, irremediable pobreza espiritual, y que poseen el amor de Dios expresado en todos sus dones. Uno de nuestros teólogos ha dicho: «Todo el alimento de este mundo es amor divino comestible». Creo que es verdad y en el momento en que tratamos de ser ricos guardando algo a salvo en nuestras manos, somos los perdedores, porque mientras no tenemos nada en las manos, podemos tomar, dejar, hacer lo que queramos.

Este es el Reino, la sensación de que estamos libres de la posesión, y esta libertad establece una relación entre nosotros y todo lo que es amor —amor humano y amor divino—.

Ahora bien, si razonamos en estos términos, podemos transferir la misma idea a lo que se dijo antes. Sí, somos ricos. Sin embargo, no deberíamos nunca ser confundidos por lo que poseemos hasta imaginar que ahora podemos demoler los viejos graneros y construir unos nuevos para almacenar más riquezas. Nada puede almacenarse, nada salvo el propio reino de Dios. Así podemos descartarnos de una cosa tras otra para caminar hacia adelante libres, libres de ser ricos. ¿Se ha dado cuenta de que ser rico siempre significa un empobrecimiento a otros niveles? Basta que diga usted: «Tengo este reloj, es mío», y cierre su mano sobre él para tomar posesión de un reloj y haber perdido una mano. Y si cierra su mente en sus riquezas, si usted cierra su corazón para que lo que hay allí esté a salvo, para no perderlo nunca, entonces se vuelve tan pequeño como la cosa en la que usted mismo se ha encerrado.

Bien, si esto es así, en el momento en que llegue usted al fondo, en el momento en que sea consciente del total desasimiento de todas las cosas, entonces se encuentra usted en el borde del reino de Dios, está usted casi seguro de que Dios es amor y de que El le sostiene por su amor. Y en ese punto puede usted decir dos cosas simultáneamente. Puede usted orar desde su completa miseria, abandono y pobreza y alegrarse porque usted es rico de amor de Dios. Pero esto es solamente si ha llegado al punto de descubrirlo, porque mientras usted se imagine que es rico no hay nada por lo que dar gracias a Dios, y no se puede usted dar cuenta de que es amado. Demasiado a menudo la fórmula de dar gracias que usamos es un acto en que generalizamos, y la clase de arrepentimiento que ofrecemos a Dios es demasiado arrepentimiento general.

Yo he experimentado esto una vez, en un modo poco romántico y poco espiritual. Cuando era un adolescente, recuerdo haber ido a un sitio y había calculado mi viaje muy bien porque esperaba que llegaría a la hora en que la gente estaría almorzando y pensaba que si llegaba a tiempo posiblemente no me harían esperar en la habitación vecina sin darme algo de comer. Pero, por supuesto, mi tren se retrasó y llegué después del almuerzo y ferozmente hambriento. Yo iba con un amigo y como realmente estábamos demasiado hambrientos para aguantarnos, preguntamos si podían darnos alguna cosa. Nos dijeron: «Tenemos medio pepino». Miramos el pepino y nos miramos mutuamente y pensamos: ¿Es esto todo lo que Dios puede darnos? Entonces mi amigo dijo: «Y ahora demos gracias a Dios». Yo pensé: «¡Gracias por un pepino!» Mi amigo era mejor creyente que yo y más piadoso. Leímos unas oraciones, leímos la oración de acción de gracias y todo el tiempo yo lo pasé con dificultad de desprenderme del medio pepino, del cual, una cuarta parte sería mía, y luego cortamos el

pepino y lo comimos. En toda mi vida no me he sentido tan agradecido a Dios por ninguna cantidad de alimento. Lo comí como uno comería alimento sagrado. Lo comí cuidadosamente, para no perder un ápice de la delicia refrescante del pepino y cuando terminamos, no dudé en decir: «Y ahora, demos gracias al Señor», y volvimos a hacer las oraciones de acción de gracias.

No podemos vivir una vida de oración, no podemos avanzar hacia Dios, a menos que estemos libres de posesiones para tener dos manos que ofrecer y un corazón absolutamente abierto — no como un bolso que temamos mantener abierto porque se nos pueda desparramar el dinero, sino como un bolso vacío— y una inteligencia completamente abierta a lo desconocido e inesperado. Este es el modo en que somos ricos y totalmente libres de riqueza. Este es el modo en que somos ricos y, sin embargo, totalmente desprovistos de riqueza. Y este es el punto en que podemos hablar de estar fuera del Reino y, no obstante, ser tan ricos, de estar dentro y, no obstante, ser tan libres.

Esto es cierto, por ejemplo, cuando ayunamos. No me refiero al ayuno y abstinencia que afecta sólo al estómago, sino a la actitud de sobriedad que te permite o te impulsa a no ser nunca esclavo de nada. Esta es una cuestión de nuestra conducta total en la vida. Lo primero de todo, afecta a nuestra imaginación porque es el punto de partida del pecado. Uno de nuestros escritores ortodoxos, del siglo XIX, dijo que los pecados de la carne son pecados que el espíritu comete contra la carne. No es la carne responsable y yo pienso que en ese sentido debemos controlar nuestra imaginación. En tanto nuestra imaginación no nos domina, las cosas están fuera de nosotros; una vez que la imaginación se enreda y cae prisionera de las cosas quedamos pegados a las cosas. Usted sabe que hay tales cosas como carne y vegetales y pasteles y todo eso. Lo sabe como tal realidad. Si se sienta y se dice: «No tengo verdaderamente apetito, pero hay tantas cosas agradables que me apetecería comer, a los cinco minutos habrá proyectado tentáculos hacia una gran variedad de cosas. Será, como Gulliver, sujeto a la tierra por un cabello y otro cabello y otro cabello; cada uno de los cabellos no es realmente importante, pero la suma total le mantendrá sólidamente atado al suelo. Una vez que haya consentido a su imaginación total libertad, las cosas resultan más difíciles. En este sentido debemos ser sobrios y debemos luchar por nuestra libertad. Hay una gran diferencia entre simpatía y amor, entre hambre y glotonería, entre interés y curiosidad y así sucesivamente. Cada una de nuestras inclinaciones naturales tiene un contrapunto que está marcado por el mal y que es uno de los medios por los que caemos esclavizados. Esto es lo que quiero decir con eso de rehuir los tentáculos. Para empezar, decir «No». Si no se ha dicho «No» a tiempo, se está en peligro de tener que luchar. Y, en ese caso, sea implacable porque la razón y el desasimiento son más preciosos que lo que se obtiene como esclavo en términos de disfrute.

Luego, si lo que he dicho hasta ahora es cierto, debemos llamar a una puerta. En este momento algunos problemas son graves. Si la puerta es de alguna iglesia, iremos y llamaremos; Pero la dificultad estriba en que generalmente no sabemos dónde llamar. Cuántas veces la gente quiere orar y se pregunta: «Bueno, ¿dónde está el centro de la oración? ¿Hacia dónde dirigirá la mirada y el corazón?» Si es usted musulmán, es sencillo. Se vuelve usted hacia la Meca. Pero incluso así, una vez que nos hayamos orientado hacia el Este, ¿qué? No se puede usted centrar en cosas que son menos que Dios. En el momento en que trate de centrarse en un dios imaginario o un dios que usted pueda imaginar, corre el peligro grave de colocar un

ídolo entre usted y el Dios verdadero. Esta es una idea expresada en época tan temprana como en el siglo IV por San Gregorio de Nazianzus. Dijo que en cuanto ponemos un signo visible ante nosotros, sea un crucifijo, un tabernáculo, un icono o una imagen invisible —Dios como lo imaginamos, o Cristo como lo hemos visto en cuadros— y centramos nuestra atención en ello, entonces hemos colocado una barrera entre nosotros y Dios porque tomamos la imagen que hemos formado por la persona a quien dirigimos las peticiones. Lo que debemos hacer es reunir todo el conocimiento de Dios que poseemos para ir a su presencia, pero luego, recordar que todo lo que sabemos acerca de Dios proviene del pasado y que estamos de pie cara a cara con Dios en toda Su complejidad, toda Su simplicidad, tan próximo y tan desconocido. Solamente si estamos completamente abiertos ante lo desconocido, puede lo desconocido revelarse por sí mismo. El mismo, como El elige revelarse a nosotros tal como somos hoy. Así, pues, con este corazón abierto y mente abierta, debemos aparecer delante de Dios sin tratar de darle una forma o aprisionarlo en conceptos e imágenes y debemos llamar a una puerta.

¿Dónde? Los Evangelios nos dicen que el reino de Dios está dentro de nosotros ante todo. Si no podemos encontrar el reino de Dios en el interior, en lo más profundo de nosotros, nuestras posibilidades de encontrarle fuera son muy remotas. Cuando Gagarin volvió del espacio e hizo su famosa declaración de que no había visto a Dios en el cielo, uno de nuestros sacerdotes en Moscú replicó: «Si no le ha visto nunca en la tierra, nunca le encontrará en el cielo». Esto también es cierto respecto a lo que estoy diciendo. Si no encontramos un contacto con Dios dentro de nuestra propia piel, sea cual sea, en este pequeño mundo que yo soy, entonces las oportunidades son muy escasas de que, incluso si lo encuentro cara a cara, le reconozca. San Juan Crisóstomo dijo: «Encuentra la puerta de tu corazón, descubrirás la puerta del reino de Dios». Así que es hacia nuestro interior hacia donde debemos volvernos y no hacia fuera, pero hacia dentro de una manera muy especial. No estoy diciendo que nos volvamos introvertidos. No quiero decir que vayamos hacia dentro a la manera que se hace en el psicoanálisis y la psicología. No es un viaje a mi propio interior; es un viaje a través de mí mismo para surgir desde el más profundo nivel íntimo hasta el lugar donde El está, el punto en el que Dios y yo nos encontramos.

De manera que esta cuestión de la oración incipiente tiene, por supuesto, dos aspectos: primero, esta interiorización y, en segundo lugar, el uso de las palabras en el rezo y la dirección hacia qué orientarlas.

Hablaré ahora del segundo punto. ¿Hacia qué, hacia quién dirigiré yo el afilado filo de mi oración? A menudo, la gente se empeña en gritar al cielo y se sorprende al descubrir que el cielo está vacío y que no encuentra eco. No es allí donde puede uno encontrar eco. Un escritor espiritual del siglo XVII, San Juan Clímaco, dijo que una oración, las palabras de una oración, son como una flecha. Pero poseer una flecha no es suficiente. Si quieres dar a un blanco, tienes que tener un arco con una buena cuerda y un buen brazo para tensarla. Si tienes un buen arco y no puedes tensarlo, tu flecha caerá a pocos metros de distancia y no llegará a la diana. Si no tienes el arco con un brazo poderoso, no darás en el blanco. Lo que necesitamos es el arco, la cuerda y el brazo y la fuerza. Ahora, dado que las palabras de la oración son la flecha, nos dirigimos al punto más profundo donde Dios se encuentra dentro de nosotros; podemos volver el arco hacia el interior y dar en ese punto profundo de nuestro interior. En segundo lugar, debemos dar a la flecha todas las condiciones que le permitirán cubrir su trayecto con la

máxima potencia. Muchas veces estamos distraídos en la oración, nuestro corazón está ausente y nuestra oración no está apoyada por nuestra vida. Ahí, si usted quiere, hay analogías con el arco, la cuerda y la fuerza.

Hay momentos en los que uno puede intentar calar en las profundidades llamando a Aquel que está en el origen y raíz de todas las cosas, pero verá perfectamente bien a dónde va y a dónde dirigir la oración: no hacia atrás, no hacia arriba, sino hacia lo hondo, hondo, contra todas las resistencias que se presenten en el camino, contra todas las encubiertas falacias, contra todo lo que impide penetrar en la suma profundidad. Y así la oración será algo perfectamente factible, aunque un duro, arduo, arriesgado ejercicio.

Antes de todo, entonces, debemos escoger una oración. Esto es muy importante. Así como es importante usar las palabras exactas si usted mantiene una relación con alguien, así es también en la oración. Sea cualquiera la que escojamos, debe ser una oración que tenga sentido para nosotros y una oración que no nos intranquilece; Debo admitir que cuando examino manuales de oración, a menudo me intranquilizo. Me parece que si Dios estuviera realmente presente, concretamente allí delante de mí, no me atrevería a dirigirle tan fríos discursos y decirle cosas sobre sí mismo que ya sabe desde mucho antes de que yo viniera al mundo. De modo que hace falta elegir, porque si usted está avergonzado de su oración, Dios puede sentirse intranquilo por usted y la oración también y usted no podrá nunca conseguir hacerla llegar a Dios de todo corazón. Lo primero, pues, es realmente encontrar las palabras de la oración que usted merezca y merezca Dios. Digo «que usted merezca y merezca Dios», porque si son buenas en grado suficiente para usted, entonces Dios las puede aceptar, pero si no son suficientemente buenas para usted, imagínese para Dios. Ha escuchado muchas cosas mejores que esas. Pero no debemos tratar de encontrar palabras que puedan estar en cierta manera al nivel de Dios. Desgraciadamente, como ninguno de nosotros estamos a nivel de Dios, nos encontraríamos a mitad de camino y perderíamos una gran cantidad de tiempo tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Sin pretender abarcar todo el tema, me gustaría nada más darles una imagen de lo meritorio de un acto de adoración o de palabras de adoración. En la vida de Moisés, en el folklore hebreo, hay una página sobresaliente. Moisés encuentra a un pastor en el desierto. Pasa el día con el pastor, le ayuda a ordeñar sus ovejas y al final del día ve que el pastor pone la mejor leche en un cuenco de madera, que coloca sobre una piedra plana a cierta distancia. Así que Moisés le pregunta que para qué lo hace y el pastor replica: «Es la leche para Dios». Moisés, confuso, pregunta que qué quiere decir. El pastor responde: «Siempre tomo la mejor leche y la ofrezco como un don a Dios». Moisés, que es mucho más sofisticado que el pastor, con su fe ingenua, pregunta: «¿Y Dios la bebe?» «Sí», contesta el pastor, «así es». Entonces Moisés se sintió obligado a ilustrar al pobre pastor y le explicó que Dios, como puro espíritu que es, no bebe leche. Sin embargo, el pastor estaba seguro de que lo hacía, así que sostuvieron una ligera discusión que terminó cuando Moisés le propuso al pastor que se escondiera detrás de unos matorrales para averiguar si realmente Dios iba a beber su leche. Moisés, mientras tanto, se retiró a orar al desierto. El pastor se escondió, llegó la noche y a la luz de la luna, el pastor vio un pequeño zorro que venía trotando desde el desierto, miraba a derecha e izquierda y se dirigía en línea recta hacia la leche, que poco después se tragaba, y desaparecía otra vez, en el desierto. A la mañana siguiente Moisés encontró al pastor bastante deprimido y

descorazonado. «¿Qué pasa?», preguntó. El pastor le dijo: «Tenías razón, Dios es puro espíritu y no quiere la leche». Moisés se sorprendió. Dijo: «Deberías sentirte dichoso. Ya sabes más acerca de Dios de lo que sabías antes». «Sí, lo sé», respondió el pastor, «pero he perdido lo único que podía hacer para expresarle mi amor». Moisés lo comprendió. Se retiró al desierto y rezó largamente. Por la noche tuvo una visión. Dios le habló y le dijo: «Moisés, estabas equivocado. Es verdad que soy espíritu puro. Sin embargo, siempre he aceptado con gratitud la leche que me ofrecía el pastor, como expresión de su amor, pero como al ser espíritu puro no necesito la leche, la compartía con el pequeño zorro al que le gusta mucho».

He intentado señalar, primero de todo, que su oración debe volverse hacia dentro, no hacia Dios en el cielo ni hacia Dios en la lejanía, sino hacia Dios que está más cerca de usted que usted mismo; en segundo lugar, que el primer acto de la oración es elegir las palabras que respondan a lo que usted es, palabras de las que no se sienta avergonzado, que le representen adecuadamente y sean dignas de usted, y luego ofrecerlas a Dios con toda la inteligencia de que sea capaz. También debe poner tanto corazón como pueda en el acto de adoración, un acto de reconocimiento a Dios, un acto de aprecio, que es el verdadero sentido de la caridad, una acción que comprenda a toda la persona en mente, corazón y una acción que resulta adecuada en usted.

Lo primero que sugiero, por lo tanto, es que se pregunte a sí mismo qué palabras de oración le parecen con sentido para ofrecerlas a Dios, sean suyas propias o de otras personas. Pregúntese a sí mismo en qué manera le llegan al corazón, hasta qué punto es capaz de concentrarse mentalmente con ellas, porque si no puede permanecer atento a las palabras que dice, ¿por qué lo estaría Dios? ¿Cómo podría Él recibirlas como expresión de amor si usted no pone su corazón en ellas, si ha puesto solamente una cierta dosis de cortesía junto con una cierta medida de distracción?

Y luego, si usted aprende a decir una oración elegida en los momentos en los cuales puede prestar toda su atención a la divina presencia y ofrecer a Dios esta oración, lo que ocurre gradualmente es que la conciencia de Dios aumenta dentro de usted de modo que tanto si se encuentra entre gente, escuchando o hablando o sólo trabajando, esa conciencia es tan fuerte que incluso estando entre gente puede orar. La analogía que algunos de nuestros escritores espirituales dan actúa en dos niveles diferentes: uno es más simple y crudo y, me parece, expresa muy bien lo que tratan de decir; el otro es más elevado.

El más sencillo y crudo es algo que uno de nuestros grandes guías de espiritualidad, Teófanos, el Recluso, dice: «La conciencia de Dios deberá estar contigo tan claramente como un dolor de muelas». Cuando tienes un dolor de muelas, no lo olvidas en absoluto. Puedes estar hablando, leyendo, limpiando, cantando, haciendo cualquier cosa; el dolor de muelas está continuamente presente y no puedes escapar de la presencia del dolor. Dice que del mismo modo debemos desarrollar un dolor en nuestros corazones. No quiero decir un dolor físico, sino que en nuestro centro vital, sea un dolor como un desesperado anhelo de Dios,, un sentimiento de que «Estoy solo, ¿dónde está Él?», manifestado en el momento en que usted ha perdido contacto a través de la oración.

El modo más elevado de exponerlo, desde luego, es decir que cuando sentimos una gran alegría o una gran pena o un gran disgusto, no lo olvidamos a lo largo del día. Oímos a la gente,

hacemos nuestro trabajo, leemos, hacemos lo que debemos hacer y el sentimiento de aflicción, la conciencia de la alegría, de las estimulantes noticias, están en nosotros constantemente. Así debe ser el sentido de la presencia de Dios. Y si el sentido de la presencia de Dios es tan claro como eso, entonces se puede orar mientras se hacen otras cosas. Uno puede orar mientras hace trabajos manuales, pero uno puede orar cuando está entre otras personas, escuchando o manteniendo una conversación o relación. Pero, como dije, no ocurre esto al principio y pienso que debemos aprender antes a adoptar una actitud de intensa adoración y de humildad, condiciones que lo permitan, porque es muy fácil distraerse, pasar de la vigilancia a la somnolencia en la oración. Aprendamos esta especie de vigilante actitud en la oración, de estabilidad completa, de adoración y de sometimiento a Dios, en momentos en que podamos hacerlo sin distraer la mente ni el corazón, y luego podremos hacerlo en otras circunstancias.

Continuaremos sobre este tema en el capítulo siguiente mostrando el modo en que uno puede tomar una o dos oraciones y usarlas para entrar en lo profundo de sí mismo hacia el lugar en donde está Dios. Además de esto, trataré de explicar cómo se puede ir hacia el interior, porque éste es otro ejercicio. No olvide al pequeño zorro; puede ser muy útil para su vida de oración. Y ya que estamos con el tema de los zorros, si quiere usted saber cómo se hace amistad con Dios, aprenda de otro zorro en el libro de Saint Exupery titulado «El pequeño príncipe», sobre la manera de hacer amigos, con uno que es extremadamente sensible, vulnerable y tímido.

III. HACIA EL INTERIOR

Dije que uno de los problemas que debemos afrontar y resolver es éste: ¿hacia dónde debo dirigir mi oración? La respuesta que he sugerido es que deberíamos dirigirla hacia nosotros mismos. Mientras la oración que intenta usted ofrecer a Dios no sea importante y significativa para usted primero, no debería presentarla al Señor. Si no está usted atento a las palabras que pronuncia, si su corazón no responde a ellas o si su vida no marcha en la misma dirección que su oración, no irá orientada hacia Dios. Así que lo primero, como he dicho, es escoger una oración que coincida con todo su pensamiento, todo su corazón y toda su voluntad, una oración que no tiene que ser necesariamente un modelo de arte litúrgico, pero que debe ser sincera, algo que no se quede corto respecto de lo que quiera usted decir. Debe entender esta oración con toda la riqueza y precisión que posea.

En el empleo de las palabras hay tres cosas que podemos hacer. Usar oraciones espontáneas, la clase de oración que brota de nuestras almas; podemos usar pequeñas oraciones vocales que son cortas, extremadamente densas y amplias de contenido, de manera que tengan tantos sentidos como sea posible; y podemos usar lo que se llama a veces, en un sentido bastante desagradable, oraciones «prêt-à-porter», que van desde lo más soso producido por gente que trata de inventar oraciones para todas las ocasiones, a las expresiones más profundas de los santos, expresadas en oraciones que no inventaron, pero que el Espíritu Santo acuñó en sus vidas y dentro de sus corazones. Quisiera decir algo acerca de cada una de esas categorías.

La oración espontánea es posible en dos situaciones: en momentos en que hemos sido vivamente conscientes de la presencia de Dios, cuando esa conciencia nos pide una respuesta de adoración, de alegría, todas las formas de respuesta que somos capaces de dar, con sinceridad y de cara al Dios vivo, o cuando nos damos cuenta súbitamente del peligro mortal en que estamos cuando nos dirigimos a Dios, momentos en los que de repente le gritamos desde la profundidad de la desesperación y del abandono, y también desde el sentimiento de que no hay esperanza de salvación para nosotros, a menos de que Dios nos salve.

Estas dos situaciones son los dos polos extremos: la visión de nosotros mismos en una situación desesperada en que estamos, sin Dios, solos, anhelantes y, sin embargo, incapaces de movernos; o la maravilla de encontrarnos de pronto cara a cara con Dios, cuando podemos orar espontáneamente, y no importan las palabras que usemos. Podemos repetir «mi alegría, mi alegría». Podemos decir palabras, porque las palabras no importan, las palabras son mero sostén de un sentimiento, de hablar sin sentido, alocadamente, de nuestro amor y nuestra desesperación. ¿Recuerda usted el pasaje del Evangelio respecto a la Transfiguración, en el que Pedro dice a Cristo: «Haremos tres tiendas, para ti, para Moisés y para Elías». El Evangelio dice que estaba diciendo tonterías porque estaba fuera de sí mismo. Se encontraba ante algo tan sobrecogedor, que decía lo primero que se le venía a la cabeza; dijo la primera patochada que expresaba sus sentimientos.

Ahora, si nos imaginamos que podemos sostener oraciones espontáneas durante toda la vida, cometemos un error infantil. La oración espontánea debe brotar de nuestras almas, no podemos hacer girar un botón simplemente y sacarla fuera. No está a nuestra merced obtenerla en cualquier momento. Viene de lo profundo de nuestra alma, de algo maravilloso o

desgraciado, pero no se produce en cualquier situación en la que ni estamos emocionados por la divina presencia, ni emocionados por el sentimiento de lo que somos y la posición en que nos encontramos. Así que, en esos momentos, tratar de usar la oración espontánea es un ejercicio absolutamente ilusorio. Hay temporadas enteras en las que ni estamos en el fondo del mar ni en la cumbre de la montaña, y esa es la temporada en que no puedes orar espontáneamente, sino por convicción. Esto es muy importante, porque mucha gente que comienza una vida de oración piensa que si no siente muy hondamente las palabras y frases que emplea, no es sincera. Esto no es verdad. Uno puede, a veces, ser perfectamente sincero en la lucidez de su mente, en la rectitud de su voluntad, aunque en un momento dado esas palabras o esos gestos no expresen lo que siente entonces.

El ejemplo que me viene a las mientes es éste. Cuando usted vive con su familia y usted trabaja fuera y se dedica a un trabajo duro puede volver a casa físicamente destrozado. Si en ese momento su madre, su hermana, su padre o quien quiera que sea le dice: «¿Me quieres?» Usted dirá: «Sí»; Si la persona continúa investigando: «¿De verdad me quieres en este momento?» Lo que usted honradamente diría es: «No, no siento nada más que el dolor de mi espalda y el cansancio de todo mi cuerpo». Pero es usted sincero cuando dice: «Te quiero», porque usted sabe que debajo de toda la extenuación hay una corriente viva de amor. Y cuando Cristo dice: «Aquellos que me aman guardarán mis mandamientos», no dice que «si tu me amas pasarás de una emoción a otra, de un estado de éxtasis a otro, de una visión teológica a otra». Dice nada más: «Si crees en mi palabra vive conforme a ella», y en ese «vive» quiere decir pasarse un poco de los propios medios. Hacer más de lo que podrías hacer espontáneamente.

Así que hay necesidad de hacer una clase de oración que no es espontánea, pero que está verdaderamente enraizada en la convicción. Para encontrarla puede tomar materia prestada de la gran cantidad de oraciones existentes. Tenemos ya un rico surtido de oraciones que han sido obtenidas en agonías de fe, por el Espíritu Santo. Por ejemplo, tenemos los salmos, tenemos muchas oraciones largas y cortas en la liturgia de todas las Iglesias, que podemos aprovechar. Lo que importa es que usted aprenda y sepa bastantes de tales oraciones para que en el momento adecuado sea capaz de encontrar la oración correcta. Es cuestión de aprender de memoria bastantes pasajes significativos, de los salmos o de las oraciones de los santos. Cada uno de nosotros es más sensible a ciertos pasajes particulares. Marque esos pasajes que llegan más directamente a su corazón, que le emocionan profundamente, que tienen un sentido, que expresan algo de lo que tiene experiencia propia, sea de pecado o de felicidad divina o de lucha. Aprenda esos pasajes, porque un día, cuando esté tan completamente desmoralizado, tan profundamente desesperado que no pueda sacar de su alma ninguna expresión espontánea, ninguna palabra, descubrirá que esas palabras surgen y se le ofrecen como un regalo de Dios, como un regalo de la Iglesia, como un regalo de santidad, ayudando a nuestra simple falta de energía. Y entonces usted realmente necesita las oraciones que ha aprendido y hecho suyas.

En la Iglesia Ortodoxa tenemos oraciones matutinas y vespertinas que son, por lo general, más largas que las que se usan de ordinario en Occidente. Requeriría, aproximadamente, media hora por la mañana y media hora por la tarde leer esas oraciones. Se tratará de aprendérselas de memoria, de manera que en otros momentos puedan recurrir a esos textos. Pero no basta

exactamente aprender oraciones de memoria. Si no son «vivas», si la vida y la oración no están entrelazadas, las oraciones se convierten en un madrigal cortés que se ofrece a Dios en los momentos que se dedican a El.

Si en sus oraciones de la mañana usted ha dicho una frase, debe usted comportarse de acuerdo con esa frase en el curso del día. Y yo creo que, aparte de aprender tantas páginas llenas de sentido como usted pueda, debe establecer la regla de que cuando haya descubierto una frase que tenga sentido para usted —en la lectura del Nuevo o del Viejo Testamento, en general, o en la oración con palabras de la liturgia— debe tratar de aplicarlo en el curso del día inexorablemente, tanto tiempo como pueda. Usted se puede imaginar que es capaz de tomar una frase así y vivir conforme a ella a lo largo de todo un día. Pero es extraordinariamente difícil. Si puede usted mantenerse en una frase de una oración durante una hora sin quebrantar la regla, será usted afortunado; pero, ¡hágalo! Diga: «He leído esta oración, mi corazón está dispuesto, oh, Señor, mi corazón está dispuesto, durante media hora me propongo que mi corazón esté abierto a Dios y preparado para obedecer su voluntad». Media hora nada más, luego dese un respiro y piense en otra cosa, porque si trata usted de mantenerse de acuerdo con una frase que es exigente y difícil, al final usted simplemente se dirá a sí mismo: «No puedo hacerlo más» y terminará por no hacer nada. Pero si usted dice: «Tengo tres o cuatro o cinco frases como "slogans" para el día de hoy y trataré de aplicar esta desde el momento en que lo he leído hasta las diez de la mañana, luego pasaré a la siguiente, luego a la siguiente», verá que gradualmente todas las palabras de la oración, todos los pensamientos y sentimientos que los santos expresan en sus oraciones toman vida para usted, comienzan a penetrar hondamente en su voluntad y a moldear su voluntad y su cuerpo, porque es a su cuerpo al que debe aplicarle los mandamientos.

Sin embargo, puede usted decir: «No me siento suficientemente firme respecto a estas palabras». Si esas palabras expresan una convicción básica, pero usted no siente nada en un determinado momento, vuélvase hacia Dios con arrepentimiento y dígame: «Esta es mi fe cristiana fundamental y, mira, no siento nada», y luego, a partir de ahí, puede usted descubrir que de pronto le brota una oración espontánea. Puede expresarle a Dios su pena, su miseria, su disgusto contra sí mismo, e insistir en su deseo de decir a Dios la verdad y que su aspiración es hacer su voluntad.

Un último medio por el que podemos orar es el uso, más o menos continuo, de una oración vocal que sirve de fondo, como un bastón a lo largo del día y durante toda la vida. Lo que tengo en mente ahora es algo que se usa específicamente en la Iglesia Ortodoxa. Es lo que llamamos la «oración de Jesús», una oración que está centrada en el nombre de Jesús. «Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador». Esta oración la usan los monjes y las monjas y también nuestros seglares. Es la oración de la estabilidad, porque es la oración que no es retórica —no nos vamos de un pensamiento a otro—, es una oración que nos coloca cara a cara con Dios a través de la profesión de fe concerniente a El y define la situación concerniente a nosotros. Es la profesión de fe que, de acuerdo al pensamiento de la mayoría de los ascetas y místicos ortodoxos, resume los Evangelios. Profesamos que Jesús es nuestro Señor, su derecho soberano sobre nosotros, el hecho de que El es nuestro Señor y nuestro Dios, y ello implica que toda nuestra vida está en sus manos y que nos sometemos a su voluntad y no a otra cosa. Este es el nombre de «Jesús», en el cual confesamos la realidad de la

Encarnación y todo lo que la Encarnación representa, Cristo, en quien vemos la Palabra Encarnada de Dios en la línea del Viejo y del Nuevo Testamento, el ungido de Yahve. Luego, la perfecta profesión de fe, de lo que El es —el hijo de Dios—. Esto no es solamente una profesión de fe en Jesucristo, sino que también abre un camino a la Trinidad, porque El es el Hijo del Padre y nadie puede reconocer en el profeta de Galilea al Hijo Encarnado de Dios, a menos que el Espíritu Santo le enseñe a ver, entender y comprometerse él mismo. Así que aquí tenemos la cuarta profesión de fe que nos permite estar cara a cara con Dios en verdad y profesar en espíritu. Y luego, «ten misericordia» es la traducción de «Eleison». Cuando usted dice «Kyrie Eleison» está usted empleando las palabras griegas que significan «Señor, ten piedad».

Quiero insistir en esas palabras que decimos en oración, porque en todas las lenguas modernas las palabras se han especializado y reducido en significado, en contraste con las lenguas antiguas. A menudo usamos palabras para orar que son extremadamente ricas, pero no nos damos cuenta de la profundidad de lo que decimos, porque tomamos las palabras según lo que significan en el uso corriente, mientras podían tener eco profundo en nuestros corazones si las relacionáramos con otras cosas que conocemos.

Me gustaría dar un ejemplo de esto que asombraría a los estudiosos de las lenguas clásicas, porque la filología implicada es dudosa, pero puesto que se basa en un juego de palabras hecho hace siglos por los padres espirituales griegos que sabían su idioma y no se avergonzaban de hacer un juego de palabras, me aprovecharé de ello yo también. Muchos de nosotros usamos las palabras «Kyrie Eleison» o «Señor, ten piedad» en algunos momentos de nuestra vida. Somos conscientes por lo menos de que existen y conocemos aproximadamente lo que queremos decir con ellas. En líneas generales, es un ruego a Dios de misericordia, compasión, de cordial afecto. Ahora bien, el estudiante de lenguas clásicas encontraría error en mi explicación y en los Padres espirituales griegos, porque algunos de ellos derivan «eleison» de la misma raíz de las palabras griegas «olivo», «oliva», «aceite de oliva». Sin embargo, dejemos la discusión a los estudiosos y echemos una mirada a lo que puede significar para nosotros desde el punto de vista de las Escrituras. Cuando decimos «Kyrie eleison», puede bastarnos el sentido de que es una súplica general a la misericordia de Dios. En este caso no nos satisfará, porque no podemos poner nuestra vida entera en este «Dios ten misericordia», y además, las mismas palabras no significan mucho en la lengua corriente. Pero si piensa en el olivo, en el olivo del Viejo y del Nuevo Testamento, verá lo que sigue: la primera vez que el olivo y el ramo de olivo aparecen es al final del Diluvio, cuando el ramo es traído a Noé por la paloma. (¿Es la misma paloma que planeó sobre Cristo el día de su bautismo?) Este ramo de olivo quiere decir que la ira de Dios ha llegado a su fin, que el perdón se da libremente, que un tiempo nuevo y nuevas posibilidades se abren ante nosotros. Esta es la primera consideración. Sin embargo, no podemos seguir siempre esta vía, porque no basta tener tiempo y nuevas posibilidades abiertas ante nosotros si estamos enfermos en nuestro corazón, si carecemos de voluntad o si somos incapaces mental o corporalmente de discernir o de seguir ese camino. Necesitamos curación, así que recuerde el aceite que el Buen Samaritano echó sobre las heridas del hombre que había caído víctima de los ladrones. El poder curativo de la voluntad de Dios hace posible que nosotros nos aprovechemos del cese de su ira, del don del perdón que se ofrece y, también, del regalo de tiempo y espacio y eternidad.

Otra imagen es la de la unción de los sacerdotes y de los reyes, que entre el pueblo de Israel eran llamados a estar en el umbral, entre el mundo divino y el mundo humano, entre la unidad y la armonía de la voluntad de Dios y la diversidad y complejidad —para no hablar de las tensiones y resistencias— del mundo humano. Para poder permanecer allí, un hombre necesita más que la capacidad humana; necesita un don divino. Eso quedaba indicado por la unción de sacerdotes y de reyes. Pero en el Nuevo Testamento todos nosotros somos sacerdotes y reyes y nuestra vocación como seres humanos y cristianos está más allá de lo que un ser humano puede alcanzar. Se nos llama a ser, y ser efectivamente, miembros vivos del Cuerpo de Cristo, templos de una tierra pura y digna del Espíritu Santo y coopartícipes de la naturaleza divina. Todo esto está más allá de nuestra capacidad humana, y, sin embargo, necesitamos ser humanos al completo, del modo profundo que un cristiano piensa en la humanidad a imagen del Hijo de Dios Encarnado. Para hacer esto necesitamos la gracia y la ayuda de Dios. Todo esto se nos muestra en la misma imagen.

Ahora bien, si reflexionamos con la misma simplicidad —sólo se requiere un diccionario y una Biblia y pensar un poco— y si pensamos tan simple y tan directamente sobre las otras palabras que usamos en la oración, entonces se nos presentarán más ricas intelectualmente hablando. Entonces podríamos prestar más atención a lo que decimos, y nuestra oración no sería simplemente una colección de palabras vacías o de palabras que son meros símbolos de algo de lo que se ha perdido el verdadero sentido. Entonces, antes de decir «Kyrie eleison», «Señor, ten misericordia de mí; Señor, muéstrame tu compasión; Señor, vierte tu amor y tu ternura sobre mí», habríamos pensado en el estado en que nos encontramos. ¿Hemos descendido hasta lo más bajo? ¿Nos encontramos ante infinitas posibilidades, y al mismo tiempo, incapaces de darnos cuenta de ellas porque estamos heridos profundamente? ¿Estamos curados y, sin embargo, frente a una vocación tan grande que nos llena de humildad pensar en ella porque es superior a nosotros? Sin embargo, puede cumplirse sólo si Dios nos da el poder de hacerlo. Esto implica una atenta búsqueda de palabras. También implica tal tratamiento de las palabras, que éstas toman parte en nuestras emociones y que nosotros las tomemos y recojamos en torno de ellas toda la intensidad y la hondura de nuestra vida personal. Pero si las palabras que usamos no se hacen realidad por nuestro modo de vida, no tendrán significado y no llevarán a ninguna parte, porque serán como un arco que no podemos tensar por falta de cuerda. No tiene absolutamente objeto pedir a Dios algo que nosotros no estamos dispuestos a hacer. Si decimos: «Oh Dios, líbrame de esta o aquella tentación», mientras al mismo tiempo buscamos cualquier posible medio de caer en tal tentación, esperando que ahora que Dios está en el control, El nos sacará de ella, entonces no tendremos muchas posibilidades de suerte"; Dios nos da fuerza, pero debemos usarla. Cuando en nuestras oraciones pedimos a Dios que nos dé fuerza para hacer algo en su nombre, no le pedimos que lo haga El en nuestro lugar, porque somos demasiado débiles para querer hacerlo nosotros mismos.

Las vidas de los santos son iluminadoras a este respecto y se describe una ocasión así en la vida de San Felipe Neri. Era un hombre irascible, que disputaba con facilidad y tenía violentos estallidos de cólera, y desde luego soportaba violentos accesos de intolerancia de sus hermanos. Un día pensó que aquello no podía seguir. Si fue por virtud o si no pudo aguantar a sus hermanos, su «Vita» no nos lo dice. El hecho es que se escapó a la capilla, cayó a los pies de Cristo y le pidió que le librase de su cólera. Luego salió lleno de esperanza. La primera

persona con quien se encontró era uno de sus hermanos, que nunca le había provocado la menor ira, pero por primera vez en su vida aquel hermano se mostró ofensivo y desagradable con él. Así que Felipe se dejó llevar por la cólera y se fue a buscar a otro de sus hermanos, que siempre había sido como su paño de lágrimas y le había consolado. Pero hasta este hombre le contestó con brusquedad. Así que Felipe volvió a la capilla, se echó a los pies de la estatua de Cristo y dijo: «Oh, Señor, ¿no te pedí que me librases de mi cólera?» Y el Señor le contestó: «Sí, Felipe, y por esta razón estoy multiplicando las ocasiones de que aprendas».

Creo que es muy importante para nosotros darnos cuenta de que Dios actuará de ese modo. No va a ser crucificado por ti cada día. Hay un momento en que tú debes tomar tu cruz propia. Cada uno debemos tomar nuestra propia cruz, y cuando pedimos algo en nuestras peticiones, debemos dar por supuesto que lo haremos con todas las fuerzas, toda la inteligencia y todo el entusiasmo que podamos poner en nuestros actos y con todo el valor y energía que tenemos. Además, hacemos esto con todo el poder que Dios nos da. Si no lo hacemos así, estamos perdiendo el tiempo orando. Esto implica que «Kyrie eleison» o similares palabras que podamos pronunciar, se vuelvan contra nosotros. Nuestra mente debe estar formada, moldeada por esas palabras, llena y en armonía con ellas. Nuestro corazón debe aceptarlas con completa convicción y expresarlas con toda la fuerza de que seamos capaces, y nuestra voluntad debe tomarlas y transformarlas en acción. Por lo tanto, oración y acción deberían ser dos expresiones de la misma situación vis-a-vis de Dios, de nosotros y de todo lo que nos rodea. Si no se hace así perdemos el tiempo. ¿De qué vale decirle a Dios cosas y cuando nos da la fuerza para combatirlos sentarnos a esperar que El lo haga por nosotros? ¿Qué interés tiene repetir palabras que se han vuelto tan finas, tan sin sentido que nos permiten tejer una tela de araña entre nosotros y Dios?

Por tanto, elegid las palabras correctas, escogedlas y prended toda la atención en ellas, porque son palabras de verdad, y las palabras que Dios escuchará, porque son verdaderas. Poned todo vuestro corazón en ellas. Haced que esas palabras estén tan vivas de conciencia intelectual, porque son verdaderas, y haced que traspasen vuestro interior hasta lo profundo de vuestro propio corazón.

Las palabras de la oración tienen la cualidad de ser siempre palabras de compromiso. No puede usted decir simplemente palabras de oración sin implicar: «Si digo esto, quiero decir lo que voy a hacer cuando se presente la ocasión». Cuando dices a Dios: «A toda costa, a toda costa, oh Señor, sálvame», debes recordar que debes poner toda tu voluntad en ello, porque un día Dios te dirá: «Este es el precio que hay que pagar». Los autores de la antigüedad decían: «Da tu sangre y Dios te dará el espíritu». Ese es el precio: Abandónalo todo, recibirás el cielo; abandona la esclavitud, adquirirás libertad. Como tu voluntad está comprometida no sólo en el acto de orar, sino en todas las consecuencias de la oración, también tu cuerpo debe estarlo, porque el ser humano no es simplemente un alma integrada temporalmente en un cuerpo. Es un ser compuesto de cuerpo y alma, un ser único que es el hombre.

Hay que hacer un esfuerzo físico en la oración, la atención física, el modo físico de orar. El ayuno, si los alimentos te pesan demasiado para orar, también tienen que ver en ello. Si haces esto, estarás llamando a la puerta.

Entonces, si queremos ir hacia dentro con todas esas palabras, internarnos más y más profundamente, de la manera como se hace para sacar algo de las entrañas de la tierra, debemos arriesgarnos, y ese riesgo es que es muy difícil entrar en nosotros mismos. Parece sencillo. Todos suponemos que estamos ya en nuestro interior, y cuanto más profundidad alcanzamos, más deleite nos producirá. No es tan simple como eso. Es verdad que cuando hemos llegado a cierta profundidad, todo está bien, pero en el camino se parece mucho a las historias sobre la búsqueda del Santo Grial. Hay toda clase de monstruos que nos asaltan en el camino, y los monstruos no son demonios, no son nuestro prójimo, somos nosotros mismos. Esto resulta más desagradable y mucho más difícil.

En general, es la codicia, el miedo y la curiosidad lo que nos hace vivir hacia el exterior. Un científico francés que trabajó en América, Alexis Carrell, dijo, en un libro titulado «La incógnita del hombre», que si tú te preguntas a ti mismo dónde termina tu personalidad, verás que la lengua de una persona codiciosa se proyecta como tentáculos hacia todo lo comestible del mundo; los ojos de una persona curiosa son como tentáculos proyectados y prendidos de todo lo que hay alrededor; los oídos del que escucha a escondidas se vuelven largos y anchos y llegan a larga distancia. Si puedes hacer un dibujo de ti en estos términos, verás qué poco queda de ti en el interior, porque todo está extrovertido. De modo que lo primero que uno debe hacer es soltar los tentáculos y recogerlos. Tú no puedes internarte en ti si estás totalmente volcado hacia el exterior.

Intente un experimento y verá, descubrirá un gran número de otras cosas útiles de paso. Trate de encontrar tiempo para estar sólo consigo mismo: cierre la puerta y acomódese en su habitación en un momento en que no tenga nada que hacer. Diga: «Ahora estoy conmigo mismo», y siéntese consigo mismo. Después de un cortísimo lapso de tiempo se sentirá seguramente aburrido. Esto nos enseña una cosa muy útil. Esto nos da ocasión de percibir el hecho de que si después de diez minutos de estar solos con nosotros mismos nos sentimos así, ¡no es extraño que otros se sientan igualmente aburridos! ¿Por qué? Es así porque tenemos poco que ofrecernos a nosotros mismos como materia de pensamiento, de emoción y de vida. Si contempla su vida cuidadosamente, descubrirá muy pronto que rara vez vivimos del interior hacia el exterior; al contrario, respondemos a incitaciones, a excitaciones del exterior. En otras palabras, vivimos de reflejos, de reacciones. Algo sucede y respondemos, alguien habla y contestamos. Pero cuando se nos deja sin nada que nos estimule? a pensar, hablar o actuar nos damos cuenta de que hay muy poco dentro de nosotros que nos impulse a la acción, en cualquier sentido. Esto es ciertamente un descubrimiento dramático. Estamos completamente vacíos, no actuamos a partir de nuestro interior, sino que aceptamos como vida nuestra una vida que en realidad está alimentada desde fuera; nos acostumbramos a que ocurran cosas que nos impulsen a hacer otras cosas. ¡Qué pocas veces podemos vivir simplemente de lo profundo y de la riqueza que suponemos tener en nosotros mismos!

Hay un pasaje en los «Papeles de Pickwick», de Carlos Dickens, que es una descripción muy buena de mi vida, y probablemente también de su vida. Pickwick va al club. Alquila un coche de caballos y en el trayecto hace muchas preguntas. Entre las preguntas, dice: «Dígame ¿cómo es posible que tan débil y miserable caballo pueda tirar de este gran y pesado carruaje?». El cochero responde: «No es cuestión del caballo, señor; es cuestión de las ruedas», y Mr.

Pickwick dice: «¿Qué quiere usted decir?» El cochero dice: «Vea, tenemos un magnífico par de ruedas que están tan bien engrasadas, que basta que el caballo tire un poco para que las ruedas giren, y entonces el caballo puede correr a su antojo». Este es el modo en que nosotros vivimos la mayor parte del tiempo. No somos el caballo que tira, somos el caballo que corre escapándose del carruaje por temor a la vida.

Como no conocemos aún la manera de actuar sin una razón externa, descubrimos que no sabemos qué hacer con nosotros mismos, y entonces empezamos a sentirnos crecientemente aburridos. Así que lo primero de todo debe usted aprender a sentarse en su sola compañía, enfrentarse con el aburrimiento y sacar todas las conclusiones posibles.

Después de un rato la situación es peor que aburrimiento, porque no estamos simplemente aburridos, como para decir: «Soy una persona activa y útil para mi prójimo. Siempre hago el bien, y para mí estar en la inactividad, sin hacer algo por otros, es una dura prueba». Empezamos a descubrir algo más. Nos aburrimos al tratar de salir de esa situación mirando hacia nuestro interior para ver si hay algo con que ponerle fin. Pronto nos damos cuenta de que no hay nada, puesto que todo lo que tenemos que pensar ya lo hemos pensado docenas de veces. Toda la gama de emociones que almacenamos están allí, como un piano que hemos cerrado porque no estamos acostumbrados a que el piano toque solo. Tenemos que tener a alguien que toque las teclas. No tenemos costumbre de estar ociosos, por eso nos inquieta y puede conducirnos al extremo de causarnos angustia. Si lee a los Padres del Desierto, que tuvieron mucha experiencia de esto, o a los monjes que pasaron su vida en los monasterios, verá que hay momentos que salieron de sus celdas corriendo y pidiendo auxilio, tratando de encontrar a alguien, algo, fuera lo que fuese. El demonio mismo habría sido mejor que esta soledad de la autocontemplación. Uno de los escritores espirituales, Teófanos el Recluso, dice: «Mucha gente es como una viruta de madera curvada en torno a su interior vacío». Si somos realmente honestos, debemos admitir que esta es una definición muy adecuada prácticamente del estado de todos nosotros.

Luego tenemos que estar preparados para luchar contra esta angustia y decir: «No, me voy a mantener y llegaré hasta donde la misma angustia me impulse a hacer lo que la buena voluntad no puede. En verdad, llega un momento de desesperación y de angustia y de terror que nos hace incluso volvernos más hacia el interior y gritar: «Señor, ten misericordia. ¡Perezco, Señor, sálvame!» Descubrimos que no hay nada que pueda dar vida o que sea vida; que todo lo que llamamos vida, imaginamos ser vida, estaba fuera y que dentro no hay nada.

Entonces nos asomamos al abismo de la nulidad y comprobamos que cuanto más profundamente nos internamos, tanto menos encontramos algo nuestro. Es un momento peligroso, es el momento en que debemos dudar.

En este punto hemos llegado al primer nivel de profundidad donde empezamos a estar preparados para llamar a una puerta. Porque en el nivel donde descansamos de nuestro prójimo, antes de sentirnos aburridos, en el nivel donde estamos simplemente aburridos y ofendidos por estar allí, en el nivel en que comenzamos a sentir inquietud y malestar y, luego, un poco de ansiedad, no tenemos aún motivo para chillar y gritar con una desesperación que llena totalmente nuestra mente, nuestro corazón, nuestra voluntad, nuestro cuerpo, con la sensación de que, salvo que Dios venga, yo estoy perdido, no hay esperanza, porque sé que si

salgo a la superficie, desde esa profundidad, volveré a encontrarme en el reino de la desilusión, de la vida como reflejo, pero no de la vida real.

Este es el punto desde el cual podemos empezar a llamar a una puerta que todavía está cerrada, pero más allá de la cual hay esperanza, esa esperanza que Bartimaeus, el ciego de las puertas de Jericó, sintió desde lo más hondo de su desesperación, cuando Cristo pasó cerca de él.

Sabemos por los Evangelios que Bartimaeus se encontraba al lado del camino, ciego sin remedio, sin fe ni esperanza en ayuda humana y reducido a mendigar para ganar su vida, sin esperar realmente en la caridad (la palabra significa cuidado), sino en la clase de caridad que consiste en arrojar unas monedas a alguien a quien ni siquiera has mirado. Y un día este hombre, que ya ha abandonado la esperanza, que estaba sentado sobre el polvo en su ceguera total, oyó hablar del hombre, un nuevo profeta que estaba haciendo milagros por Tierra Santa. Si hubiera tenido ojos probablemente habría echado a correr por el país hasta encontrarle, pero no podía seguir los movimientos de aquel hacedor de maravillas. Así que permaneció donde estaba y la existencia de uno, que posiblemente podía curarle, debió acrecentar su desesperación, agudizarla. Y un día percibió el paso de una multitud, una multitud que no se parecía a otras multitudes. Probablemente, como todos los ciegos, había desarrollado el sentido de la audición y una sensibilidad más fina que la nuestra, porque preguntó: «¿Quién pasa por aquí?» Y le dijeron: «Jesús de Nazaret». Y entonces se puso de pie en un acceso de extrema desesperación y de extrema esperanza. Extrema esperanza, porque Cristo estaba a su alcance, pero al fondo, latente, la desesperación porque en unos pocos pasos podía estar al lado de Bartimaeus y unos pocos pasos más podían apartarle de él y probablemente no volvería a cruzarse en su camino nunca más. Y movido por aquella desesperada esperanza empezó a gritar y clamar: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí». Fue una perfecta profesión de fe. Y en aquel momento, como su desesperación era tan grande, pudo sacar de sí tan atrevida esperanza de ser curado, salvado, recuperado. Y Cristo le oyó.

Hay un grado de desesperación que está fundido a la total y perfecta esperanza. Este es el punto en el cual, por habernos introducido en nosotros mismos, estaremos en disposición de orar; y entonces «Señor, ten misericordia» es bastante. No necesitamos hacer ninguno de los elaborados discursos que se encuentran en manuales de oración. Es bastante exclamar simplemente en medio de la desesperación: «¡Socorro!» y seréis escuchados.

A menudo no encontramos suficiente intensidad en nuestra oración, suficiente convicción, suficiente fe, porque nuestra desesperación no es bastante profunda. Queremos a Dios, además de muchas otras cosas que tenemos, queremos su ayuda, pero simultáneamente tratamos de hallar apoyo en cualquier sitio, y guardamos a Dios en la reserva como nuestro último cartucho. Nos dirigimos a los príncipes y a los hijos de los hombres y decimos: «Oh, Dios, dales la fuerza para que me ayuden». Pocas veces dejamos de lado a los príncipes y a los hijos de los hombres y decimos: «No voy a pedir ayuda a nadie, prefiero Tu ayuda». Si nuestra desesperación viene de suficiente profundidad, si lo que pedimos y por lo que clamamos es tan esencial que contiene todas las necesidades de nuestra vida, entonces encontraremos palabras de oración y seremos capaces de alcanzar el centro de la oración y encontrarnos con Dios.

Y ahora, algo más sobre la confusión en torno nuestro. El tema lo suscita también Bartimaeus. El gritaba, ¿pero qué dice el Evangelio que hacían los que estaban alrededor? Trataban de hacerle callar, y podemos ver a la piadosa gente que veía correctamente, tenía unas buenas piernas y buena salud, en torno a Cristo, hablando de elevados temas, el Reino que ha de venir, los misterios de las Sagradas Escrituras, volviéndose a Bartimaeus y diciéndole: «Bueno, ¿no te puedes callar? Tu vista, tu vista, ¿qué importa eso cuando hablas con Dios? Bartimaeus era como alguien que se sale del orden para pedir a Dios algo que necesita desesperadamente mientras alguna ceremonia se está celebrando, y rompe la armonía de los actos. Se le arrojará inmediatamente del lugar. Se le hará callar. Pero el Evangelio dice también que, a pesar de toda esa gente que le quería hacer callar, él insistía porque se trataba de algo que le importaba mucho. Cuanto más le imponían silencio, más chillaba.

Este es mi mensaje. Hay un santo en Grecia llamado Máximo, un joven que fue una vez a la iglesia y escuchó la lectura de la Epístola, que decía que debemos orar incesantemente. Le impresionó de tal manera que pensó que no podía hacer nada más que cumplir ese mandamiento. Salió del templo, subió a unas montañas próximas y se puso a orar incesantemente. Como campesino griego del siglo cuarto, se sabía el Padrenuestro y algunas otras oraciones. Así que empezó a recitarlas, según él nos dijo, una y otra vez. Entonces se empezó a sentir muy contento. Estaba orando, estaba con Dios, se sentía alegre, todo parecía perfecto, salvo que el sol comenzó a ocultarse y se hizo de noche y comenzó a hacer frío y según oscurecía empezó a oír toda clase de inquietantes rumores: ramas que se tronchaban por el peso de las fieras, ojos electrizantes, el gemido de las pequeñas bestias atacadas por las fieras más fuertes, y así sucesivamente. Entonces sintió que estaba verdaderamente solo, que era una pequeña criatura sin protección en un mundo de peligros, de muerte, de asesinatos y que no tenía ayuda si Dios no se la daba. No volvió a recitar el Padrenuestro y el Credo; hizo exactamente lo que Bartimaeus, empezó a gritar: «Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí». Y gritó así toda la noche porque los animales y los ojos electrizantes no le dieron oportunidad de dormir. Luego llegó la mañana y pensó que como todas las fieras se habían ido a dormir: «Ahora podré rezar», pero para entonces tenía hambre. Pensó que recogería algunas moras y se dirigió a un matorral, pero se dio cuenta de que los ojos electrizantes y las zarpas salvajes podían estar escondidos entre la maleza. Así que empezó a andar muy despacio y a cada paso decía: «Señor Jesucristo, sálvame, sálvame, sálvame. Oh Dios, ayúdame, protégeme»; y por cada mora que comía había orado varias veces.

El tiempo fue pasando y al cabo de muchos años encontró a un anciano y experimentado asceta, quien le preguntó cómo había aprendido a orar incesantemente. Máximo dijo: «Creo que fue el demonio quien me enseñó a orar sin parar». El otro hombre dijo: «Creo comprender lo que quieres decir, pero me gustaría estar seguro de que te he entendido correctamente». Máximo le explicó cómo se había ido acostumbrando gradualmente a todos los ruidos y peligros del día y de la noche. Pero luego llegaron las tentaciones, tentaciones de la carne, tentaciones de la mente, de las emociones, y más tarde violentos ataques del demonio. Después de aquello no hubo momento del día o de la noche que no se volviera hacia Dios, diciendo: «Ten misericordia, ten misericordia, ayúdame, ayúdame, ayúdame». Luego, después de catorce años así, el Señor se le apareció, y desde el momento en que Dios apareció, la tranquilidad, la paz y la serenidad le inundaron. No quedó temor —de la oscuridad, de la maleza, ni miedo del demonio—; el Señor se lo llevó consigo. «Por entonces», dijo Máximo,

«yo había aprendido que, a menos que el mismo Señor venga, no tengo esperanza ni auxilio. Así que incluso cuando estaba sereno, en paz y feliz seguía orando: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí», porque sabía que solamente en la divina misericordia había paz de corazón y paz de espíritu y tranquilidad corporal y rectitud de voluntad.

Así que Máximo aprendió a orar, no a pesar de la confusión reinante, sino a causa de la confusión y porque la confusión era un peligro auténtico. Si pudiéramos caer en la cuenta que estamos en una confusión mucho mayor, que el demonio está al acecho, tratando de cogernos y destruirnos, que cada reunión humana es un juicio, es crisis, es una situación en que se nos llama a recibir a Cristo o a ser mensajeros de Cristo para la persona con la que nos encontramos, si comprendiésemos que toda la vida tiene esta intensidad de sentido, entonces estaríamos preparados para gritar y orar continuamente y la confusión no sería impedimento, sino la condición precisa que nos enseñase a orar mientras nuestra inexperiencia nos impide orar desde lo más hondo sin una ayuda, sin ninguna incitación para hacerlo.

Cuando no sabemos nada sobre la oración, cuando no hemos orado en absoluto en toda nuestra vida, o no bastante, ¿cómo podemos orar en las condiciones de vida en que vivimos? Yo tengo experiencia de esto en diferentes circunstancias: en los días en que estaba ejerciendo la Medicina, cinco años durante la guerra, en mi etapa como sacerdote, y otras, y se puede hacer. Se puede, si uno es lo bastante sencillo para hacerlo. Se puede hacer de la manera siguiente.

Despiértese por la mañana y como primer acto, dé gracias a Dios por ello, incluso si no se siente especialmente feliz respecto del día que le aguarda. «Este día, que el Señor ha hecho, recibámoslo con alegría y demos gracias por él». Una vez que haya hecho esto, dese tiempo para reconocer la verdad de lo que ha dicho y realmente sentirlo (quizá a nivel de profunda convicción y no en un modo que podría llamarse optimista). Y entonces, levántese, lávese, límpiese, haga lo que tenga que hacer y vuelva otra vez a Dios. Vuelva a Dios otra vez con dos convicciones. Una, que pertenece a Dios y otra, que este día es propiedad de Dios mismo y que es completamente nuevo y reciente. Que no ha existido nunca antes. Para decirlo con una expresión rusa, es como un vasto territorio cubierto de nieve. Nadie lo ha pisado aún. Está virgen y puro delante de usted. Y ahora, ¿qué viene? Lo que viene después es que usted le pide a Dios que bendiga este día, que todo en él debería ser bendecido y regido por El. Después de esto, usted actuará seriamente porque muchas veces uno dice: «Oh Dios, bendíceme», y después de recibir la bendición, actuamos como el hijo pródigo: cogemos todos nuestros bienes y nos marchamos a un país extranjero para llevar una vida de desorden.

Este día esta bendecido por Dios y es propiedad de Dios y ahora, entremos en él. Adéntrese en él como el propio mensajero de Dios; a quien quiera que encuentre, le encuentra en el camino de Dios. Está usted allí para ser la presencia del Señor Dios, la presencia de Cristo, la presencia del Espíritu; la presencia del Evangelio: ésta es su función en este día particular. Dios no ha dicho nunca que cuándo te encuentras en una situación en SU propio Nombre, El será crucificado y tú saldrás vencedor. Debe estar usted preparado para, en nombre de Dios, como el Hijo de Dios hizo, pasar por situaciones sucesivas, situaciones de humillación, con humildad, en verdad y dispuesto a ser perseguido y demás. Generalmente, lo que esperamos cuando cumplimos los mandamientos de Dios es ver unos resultados maravillosos enseguida; leemos

cosas así, a veces, en las vidas de los santos. Cuando, por ejemplo, nos dan una bofetada, ponemos la otra mejilla, sin pensar ni remotamente que nos van a golpear, sino esperando que la otra persona diga: «¡Oh, qué humildad!»; usted ha sido recompensado y la otra persona salva su alma. Pero no ocurre de ese modo. Usted paga los daños y muchas veces el castigo es duro. Lo que importa es que esté usted preparado para ello. En cuanto al día, si usted acepta que este día ha sido bendecido por Dios, elegido por Dios con su propia mano, entonces todas las personas que encuentre son un don de Dios, cada circunstancia por la que atraviere es un regalo de Dios, sea amarga o dulce, le guste o le disguste. Es el propio regalo de Dios, y si lo acepta de ese modo, puede hacer frente a cualquier situación. Pero debe hacerle frente sabiendo que puede pasar cualquier cosa, sea buena o no, y si camina usted en nombre de Dios a lo largo de un día que ha salido fresco y nuevo de Sus propias manos y que ha sido bendecido para que usted viva en él, en ese caso, puede usted complementar la oración y la vida como si fueran las dos caras de una moneda. Usted actúa y reza como quien respira, porque todo lo que sucede requiere la bendición de Dios.

Hace años hablé de esto en Taizé, y mantuve correspondencia con unos treinta chicos y chicas de allí. Una de ellas me escribió diciendo: «He intentado seguir su consejo. Lo intenté con toda energía. No he dejado pasar un minuto sin actuar y orar, actuar y orar y ahora no puedo oír la palabra de Dios. No puedo soportar esta clase de oración». Yo le contesté: «Has cogido una indigestión. Debías haber usado el sentido común en la oración como se usa en la vida ordinaria. No puedes empezar, si no has orado nunca antes, con dieciocho horas de diálogo y oración con Dios continuamente mientras haces otras cosas. Pero puedes fácilmente reservar unos minutos y concentrarte en ellos con toda energía. Simplemente vuelve los ojos hacia Dios, sonríele y adelante. Hay momentos en que puedes decir a Dios: «Sencillamente tengo que descansar un poco. No tengo fuerzas para estar contigo todo el tiempo», lo cual es perfectamente cierto. Usted no es capaz todavía de estar en compañía de Dios todo el tiempo. Pues, bien, dígalo. Dios lo sabe perfectamente, haga usted lo que haga. Váyase aparte y diga un momento: «Voy a descansar. Por un momento acepto ser menos perfecto».

Así podemos descansar y contemplar las cosas que también son cosas de Dios —árboles y edificios—y luego, después de un rato, volver a El. Si intentamos orar continuamente, nos sentiremos vencidos muy pronto, pero si escogemos momentos inteligentemente, podremos hacerlo.

Si hace esto, podrá orar. Puede hacer la prueba, pero no olvide ser sobrio, porque existe un pecado que los Padres Espirituales llamaban «codicia espiritual», que consiste en querer más y más de parte de Dios cuando usted debería ponerse a dieta y contentarse con un poco, que es suficiente para sus necesidades.

IV. ADMINISTRAR EL TIEMPO

En la tensión que la vida moderna nos depara, el problema de administrar el tiempo es muy importante. No voy a tratar de convencerle de que tiene mucho tiempo y puede orar si quiere; quiero hablar de administrar el tiempo en medio de las tensiones, la agitación de la vida. No le voy a explicar cómo conseguir tiempo: sólo diré que si tratamos de perder un poco menos, tendremos más. Si usamos las migajas del tiempo que perdemos para obtener pequeños momentos de retiro y oración, descubriremos que hay grandes cantidades de tiempo. Si piensa en la cantidad de minutos vacíos al día, en que únicamente estamos haciendo algo porque nos asusta estar solos con nosotros mismos, se dará cuenta de que hay muchos minutos que nos pueden pertenecer a nosotros y a Dios al mismo tiempo. Pero de lo que quiero hablar es de algo que considero más importante. Es el modo cómo podemos controlar y detener el tiempo. Sólo podemos orar a Dios si nos encontramos en un estado de estabilidad y paz interior cara a cara con Dios; esas cosas nos liberan del sentido del tiempo —no del tiempo como algo objetivo, el que medimos con el reloj—, sino del sentimiento subjetivo de que corre a gran velocidad y se nos escapa.

Primero de todo, quisiera hacerle fijarse en algo que todos sabemos y comentamos. No hay que correr detrás del tiempo para cogerlo. No escapa de nosotros, corre hacia nosotros. Tanto si está usted atento al próximo minuto o completamente distraído, vendrá en su dirección. El futuro, haga lo que haga respecto de él, se volverá presente, así que no hay necesidad de tratar de saltar desde el presente al futuro. Podemos sencillamente esperar a que venga y, en ese sentido, podemos estar completamente serenos y, sin embargo, movernos a tiempo, porque es el tiempo el que se mueve. Usted sabe lo que ocurre cuando va en un coche o en un tren y está sentado sin conducir, mirando por la ventanilla; puede leer, puede pensar, puede descansar y, sin embargo, el tren se mueve y, en cierto modo, lo que será el futuro aparecerá, tanto si su destino es la próxima estación como si es la última. Creo que esto es muy importante. El error que muchas veces cometemos con nuestra vida interior es imaginar que si nos apresuramos estaremos en el futuro más pronto —un poco como el hombre que corre desde el último coche del tren hasta el primero, esperando que la distancia entre Londres y Edimburgo se reducirá de esa manera. Con ese tipo de ejemplos vemos lo absurdo que es, pero cuando tratamos de vivir un centímetro por delante de nosotros no percibimos el absurdo del empeño. Sin embargo, esto es lo que nos impide estar completamente en el momento presente, que me atrevo a decir es el único momento en que podemos estar, ni siquiera con la imaginación podemos adelantarnos al tiempo. Lo único que pasa es que tenemos prisa, pero no nos movemos más deprisa por ello. Lo han debido comprobar más de una vez. Alguien cargado con dos maletas muy pesadas tratando de alcanzar un autobús, echa a correr precipitadamente: va tan rápido como le permiten las maletas y está lleno de empeño por estar donde no está.

Pero usted sabe lo que sucede cuando paseamos en vacaciones. Podemos pasear deprisa, alegremente, con energía o, si tenemos la edad y condiciones apropiadas, podemos hasta correr, pero no nos sentimos con prisas en absoluto, porque lo que importa en esos momentos es la carrera no la llegada. Esto es lo que hemos de aprender respecto de la oración, ponernos en el presente. De ordinario, pensamos o nos portamos como si el presente fuese una línea imaginaria verdaderamente muy fina, entre el pasado y el futuro, y rodamos del pasado al

futuro continuamente cruzando esta línea, como un huevo puede rodar sobre una pieza de tela. Si lo hace así, rueda continuamente, no está en ningún sitio en un momento determinado, sin presente, porque siempre está en el futuro.

No todo el mundo es tan afortunado como para haber vivido experiencias decisivas, aleccionadoras, pero me gustaría contarle brevemente una experiencia muy útil que yo tuve.

Durante la ocupación de Francia por los alemanes pertencí al movimiento de la resistencia y una vez al bajar al metro, me detuvo la policía. Esta fue una de las experiencias más interesantes que he tenido. Dejando a un lado el aspecto romántico de lo que ocurrió y cómo ocurrió, voy a subrayar en términos filosóficos lo que se relaciona con el tiempo. Lo que sucedió en aquel momento fue esto: yo tenía un pasado, y un futuro y me desplazaba de uno al otro al bajar las escaleras. En un momento determinado alguien me puso una mano en el hombro y dijo: «Deténgase, deme su documentación». En ese momento ocurrieron varias cosas. Una de ellas es que empecé a pensar muy deprisa y a sentir con gran intensidad y a darme cuenta de la situación con una claridad y lucidez que nunca antes había experimentado, en los últimos escalones de la estación del metro Etoile. Lo segundo fue que comprendí que no tenía pasado, porque el pasado real que tenía era lo que me podía llevar al paredón de fusilamiento. Así que aquel pasado había desaparecido. El falso pasado sobre el que yo estaba preparado para hablar no había existido nunca, de manera que me encontré allí como el lagarto que ha sido atrapado por la cola y se ha escapado dejando la cola en algún sitio atrás, así que el lagarto termina donde estaba la cola. Luego descubrí otra cosa que era muy interesante (aunque yo no pensé tanto en el aspecto filosófico del tiempo en aquel momento), pero de lo que me di cuenta enseguida y entendí gradualmente, es que usted tiene un futuro solamente en la medida en que puede prever un minuto antes de que suceda o un centímetro antes de haberlo alcanzado, lo que va a ocurrir; por ejemplo, nada sucede porque usted no tiene idea de lo que podría ocurrir; usted es como alguien que se encuentra en una habitación desconocida, a oscuras. Está usted allí y todo lo que hay es oscuridad pesándole sobre los ojos. Puede no existir nada o existir un infinito delante de usted, es igual. Usted termina donde comienza la oscuridad. Así yo descubrí que no tenía futuro tampoco. Fue entonces cuando descubrí que vivir en el pasado, por una parte, y en el futuro, por otra parte, simplemente, no era posible. El lagarto no tenía cola y la oscuridad me tapaba el rostro. Descubrí que estaba aprisionado en el momento presente y todo mi pasado, esto es, todo lo que podía ser, se había condensado en el momento presente con una intensidad, un colorido extraordinariamente estimulante y que me permitió eventualmente ¡escapar!

Ahora, por lo que respecta al tiempo, hay ocasiones, sin ir a tanto detalle, en las que uno puede percibir que el momento presente está ahí, el pasado se ha esfumado irremediabilmente —no tiene importancia excepto en cuanto está todavía en el presente— y el futuro no importa porque puede suceder o no suceder. Esto ocurre, por ejemplo, cuando te ocurre un accidente, cuando te encuentras en un momento de peligro que requiere una rápida acción. Usted no tiene tiempo de rodar suavemente del pasado al futuro. Lo que tiene que hacer es estar tan completamente en el presente que todas sus energías y todo su ser estén concentrados en la palabra «ahora». Usted conoce el delgado plano que la geometría nos enseña, que no tiene absolutamente cuerpo. Ese plano geométrico, que no tiene cuerpo en absoluto, que es «ahora», se mueve en la línea del tiempo, o más bien, el tiempo corre por

debajo de él y le trae a usted «ahora» todo lo que necesitará en el futuro; Esta es la situación que debemos aprender, y debemos aprenderla de un modo más plácido. Pienso que debemos hacer ejercicios para detener el tiempo y permanecer en el presente, en este «ahora» que es mi presente y que es también una intersección de la eternidad con el tiempo.

¿Qué podemos hacer? Este es el primer ejercicio. Puede hacerse en momentos en los que no tenga absolutamente nada que hacer, cuando nada le impulse hacia adelante o hacia atrás o cuando pueda emplear cinco minutos, tres minutos o media hora de ocio y de no hacer nada. Usted se sienta y dice: «Estoy sentado. No estoy haciendo nada. No haré nada durante cinco minutos» y luego se tranquiliza y constantemente durante este tiempo (uno o dos minutos es lo más que podrá aguantarlo para empezar) se dice: «Estoy aquí en la presencia de Dios, en mi propia presencia y en presencia del mobiliario que me rodea, quieto, sin moverme». Hay, desde luego, una cosa más que debe hacer: debe decidir que en el espacio de esos dos minutos, cinco minutos, que se ha asignado para aprender que el presente existe, no será distraído ni por el teléfono, una llamada a la puerta o un súbito empuje de energía que le impulse a hacer enseguida lo que ha dejado de hacer durante los diez años últimos. Así que usted se instala y dice: «Aquí estoy» y usted está allí. Si aprende a hacer esto en momentos perdidos de su vida, cuando ha aprendido a no estar nervioso por dentro, sino a estar completamente calmado, feliz, estable y sereno, entonces amplíe los pocos minutos por un plazo mayor y luego por otro más prolongado aún. Llegará un momento, desde luego, en que usted necesitará algunas defensas, porque puede usted permanecer quieto algunos minutos incluso sonando el teléfono o si alguien llama a la puerta, mientras quince minutos pueden ser demasiados para que suene el teléfono o para hacer esperar a una persona a la puerta. Pero entonces piense que si no estuviera en casa, no abriría la puerta ni contestaría al teléfono. O, si tiene más valor o está más convencido de lo que está haciendo, puede hacer lo mismo que mi padre hizo. Ponía una pequeña nota a la puerta diciendo: «No se moleste en llamar. Estoy en casa, pero no abriré». Este es un sistema más decisivo, porque la gente lo entiende enseguida, mientras si usted dice: «Por favor, espere cinco minutos», el «por favor», generalmente, acaba en dos minutos.

Luego, cuando haya alcanzado esta estabilidad, esta serenidad, tendrá que aprender a detener el tiempo no solamente en momentos en que discurre lentamente o se ha parado, sino en momentos en que parece galopar. Para "hacerlo hay que actuar de esta manera. Usted está haciendo algo que considera útil: piensa que a menos que se haga -esto, el mundo dejará de girar en su órbita y entonces, si en cierto momento usted dice: «Yo paro», descubrirá muchas cosas. Primero, descubrirá que el mundo no se detiene y que todo el mundo —si lo puede imaginar— puede: esperar cinco minutos mientras usted deja de ocuparse de él. Esto es importante, porque generalmente nos engañamos, diciendo: «Bueno, debo hacerlo: es caridad, es un deber. No puedo dejarlo sin hacer». Usted puede, porque en momentos de extrema pereza lo dejará sin hacer por más tiempo que los cinco minutos que ha escogido. Así que lo primero que dice es: «Sea lo que sea, suceda lo que suceda, me paro aquí». Lo más sencillo de hacer es poner un despertador. Dele cuerda y diga: «Ahora estoy trabajando sin mirar al reloj hasta que suene». Esto es muy importante; una de las cosas que debemos aprender es mirar al reloj. Si va usted andando hacia alguna parte y está persuadido de que se le ha hecho tarde, usted mira el reloj. Pero usted no puede andar tan rápidamente mientras mira el reloj de su muñeca como si mira simplemente hacia adelante. Y si se da cuenta de que

va siete, cinco o tres minutos retrasado, para el caso es lo mismo. Así que salga más temprano y llegará a tiempo o si va retrasado camine tan deprisa y enérgicamente como le sea posible. Cuando llegue a la puerta, ponga cara de pesar para que se vea cuando se abra la puerta! Luego, cuando suene el despertador, ya sabe que durante los cinco minutos siguientes el mundo se ha acabado y no se moverá de su sitio. Es el tiempo de Dios y usted está sentado en Su tiempo tranquilamente, silencioso y en paz. Al principio, notará lo difícil que es, y sentirá que tiene mucha importancia terminar una carta o leer un párrafo. En realidad, pronto descubrirá que se puede retrasar esos cinco y hasta diez minutos y no pasa nada. Y si está usted haciendo algo que requiere atención, descubrirá que puede hacerlo mucho mejor y más deprisa.

Le daré otro ejemplo. Al principio, cuando yo era médico, me parecía que era injusto para la gente que estaba en la sala de espera, dedicar mucho tiempo a la persona que estaba en mi consulta. Así que la primera vez intenté ser lo más rápido posible en la consulta. Descubrí al final de la jornada que no me había quedado el menor recuerdo de la gente a la que había visto porque durante todo el tiempo que un paciente estaba conmigo, yo miraba más allá de su persona con ojos de pitonisa hacia la sala de espera y calculaba las cabezas de los que faltaban por entrar. Como resultado, todas las preguntas que hacía, las tenía que repetir dos veces, todas las exploraciones que hacía las tenía que hacer dos veces o tres. Cuando terminé, no podía recordar si lo había hecho o no. Desde luego, no todo el mundo es como yo; usted puede ser capaz de recordar mucho mejor que yo, pero esto es solamente un ejemplo de lo que le puede pasar incluso a usted.

Luego pensé que aquello no era honrado, y decidí que iba a actuar como si la persona que estaba conmigo fuese la única que existiera. En el momento en que empezaba a sentir «Debo apresurarme», me volvía a sentar y me entretenía en una conversación trivial durante unos minutos para evitar caer en las prisas. Descubrí, a los dos días, que no se necesita hacer nada por el estilo. Basta con que te intereses plenamente por la persona o la tarea que tienes delante y cuando has terminado, te darás cuenta de que has empleado la mitad del tiempo que solías emplear antes; sin embargo, has visto todo y escuchado todo.

Desde entonces he dado a menudo este tipo de consejo a mucha gente de diversos niveles sociales y sirve. Así que si usted hace esos ejercicios, empezando por parar el tiempo que no se mueve y terminando con el tiempo que trata de moverse muy deprisa, y usted se para y dice: «No», descubrirá que desde el momento en que ha dominado la tensión interna, la agitación interna, la inquietud y la angustia, el tiempo pasa perfectamente bien. ¿Puede imaginar que sólo un minuto pasa cada minuto? Esto es exactamente lo que sucede. Es extraño, pero es verdad, aunque por la manera como nos comportamos uno podría pensar que cinco minutos podrían pasar desenfrenados en treinta segundos. No, cada minuto vale lo mismo que el siguiente, cada hora, como la siguiente. No ocurre ningún desastre. Se puede preguntar: «¿Me dará tiempo de hacerlo todo?» Le contestaré en un estilo muy ruso: «Si no se muere antes, tendrá tiempo de hacerlo. Si se muere antes, no necesitará hacerlo». Hay otro dicho de la misma clase que puede recordar como futura referencia: «No te preocupes por la muerte. Cuando llega la muerte tú ya no estás, pero mientras estás, la muerte no existe». Es el mismo principio. ¿Por qué me voy a preocuparme por una situación que se resolverá sola?

Una vez que haya aprendido a no inquietarse, podrá hacer cualquier cosa, a cualquier velocidad, con cualquier medida de atención y rapidez, sin tener la sensación de que el tiempo se le escapa o que le atropella. Es como la sensación de la que le he hablado, cuando está en vacaciones, con todas las vacaciones por delante. Puede actuar despacio o de prisa, sin sentido del tiempo, porque está usted pendiente solamente de lo que está haciendo, sin un propósito determinado. Y entonces podrá ver que puede orar en cualquier situación del mundo, que no hay situación que le pueda impedir rezar. Lo que puede impedirle rezar es que usted mismo se incorpore al centro del torbellino o permita que el torbellino le invada en vez de mantenerlo fuera de sí.

Puede recordar la historia de la tormenta en el mar de Galilea, en el Evangelio: Cristo, dormido en la barca, y la tormenta bramando alrededor. Al principio los apóstoles se afanaron duramente y con confianza de sobrevivir. Luego, en un determinado momento, perdieron las esperanzas, y la tormenta que estaba fuera se les metió dentro —la tormenta estaba en su interior, entonces—. La angustia, la muerte no circulan simplemente alrededor, penetran dentro. Y entonces se vuelven a Cristo y hacen lo que nosotros muy frecuentemente hacemos con Dios: miramos hacia Dios en tiempo de apuro y tragedia y nos indigna que El esté tan tranquilo. La historia del Evangelio lo subraya diciendo que Cristo estaba durmiendo con la cabeza sobre una almohada, para mayor insulto. Ellos estaban a punto de morir y El descansaba confortablemente. Esto es exactamente lo que sentimos respecto de Dios muchas veces. ¿Cómo se atreve a estar despreocupado, cómo se atreve a estar tan comfortable mientras yo estoy en apuros? Y los discípulos hacen exactamente lo que nosotros hacemos a menudo. En vez de dirigirse a Dios y decir: «Tú eres la paz, tú eres el Señor, di una palabra y mi criado se quedará curado, di una palabra y todo se arreglará», ellos le despiertan de su sueño y dicen: «¿No te importa que perezcamos?» En otras palabras: «Si no puedes hacer nada, al menos, no duermas. Si no puedes hacer nada mejor, por lo menos muere angustiado como nosotros». Cristo reacciona, se levanta y dice: «¡Hombres de poca fe!», y los retira de su lado, se vuelve hacia la tormenta, proyectando su calma interior, su armonía y paz en la tormenta; dice: «Cálmate, detente», y todo queda calmado otra vez.

Nosotros podemos hacer esto, y debemos ser capaces de hacerlo. Pero requiere una preparación sistemática e inteligente, del mismo modo como nos preparamos para hacer otras cosas. Aprenda a dominar el tiempo y haga lo que haga, en cualquier dificultad, en la tormenta, en la tragedia o simplemente en medio de la confusión en que continuamente vivimos, podrá estar tranquilo, inmóvil en el presente, cara a cara con el Señor, en silencio o con palabras. Si usa palabras, puede llevar a Dios todo lo que le rodea, toda la confusión. Si está en silencio, puede descansar en el «ojo del ciclón» o del huracán, en la calma, pero dejando que la violencia de la tormenta estalle a su alrededor, mientras usted está donde está Dios, en el único punto de estabilidad total. Pero ese punto de estabilidad total no es un punto donde no pase nada. Es el punto donde todas las tensiones en conflicto confluyen y encuentran un contrapeso unas en otras y están sujetas por la poderosa mano de Dios.

El silencio real es a veces extremadamente intenso, tiene densidad y está verdaderamente vivo. Recuerdo un pasaje de la vida de los santos padres del desierto (anacoretas), en que uno de ellos recibió una petición de sus hermanos para que pronunciase un sermón durante la estancia de un obispo que iba a visitarles, y él dijo: «No, no quiero hacerlo porque si mi silencio

no le habla, mis palabras serán inútiles». Esta es la clase de silencio que deberemos tratar de aprender. ¿Cómo hacerlo? Lo que puedo intentar para orientarle es proponerle una parábola o una imagen, la de la observación de los pájaros.

Si queremos ver a los pájaros moverse en los bosques o en los campos, tenemos que madrugar más que ellos. Debemos prepararnos para estar vigilantes, atentos, despejados antes de que el primer pájaro se despierte. En verdad, antes de que los pájaros se den cuenta de que ha llegado la mañana. Debemos ir al campo o al bosque y permanecer absolutamente inmóviles, en absoluto silencio, absolutamente relajados, de modo que no hagamos ningún movimiento para que no se despierten los animales de sueño ligero que están alrededor nuestro, porque si no se escapan hacia la lejanía, y volarán a donde no les podremos oír ni ver. La observación de los pájaros implica, de un lado, esta inmovilidad, esta quietud, este reposo, y al mismo tiempo, una intensa vigilancia, porque si se sienta usted en el campo y se pone a soñar despierto por lo que no ha podido soñar de noche todos los pájaros habrán desaparecido antes de que usted se dé cuenta de que el sol le está calentando la espalda. Es esencial estar alerta y despejado, y al mismo tiempo quieto y tranquilo, y ésta es una preparación contemplativa para el silencio contemplativo; este difícil equilibrio entre la clase de espabilamiento que le permitirá tener una mente completamente abierta, libre de prejuicios, en actitud de espera, para recibir el impacto de cualquier cosa que venga a su encuentro, y, al mismo tiempo, esta quietud que le permitirá recibir el impacto sin introducir la imagen de su propia presencia que lo destruiría.

Hace veinte años, poco después de mi ordenación, fui enviado, antes de Navidad, a casa de una anciana. Allí vivía una señora que murió algún tiempo después, a la edad de ciento dos años. Me fue a ver después que yo celebrara mi primera misa, y dijo: «Padre, me gustaría que me diera algún consejo sobre la oración». Así que le dije: «Oh, muy bien, pregunte por Fulanita de tal». Ella dijo: «Todos estos años he estado preguntando a gente que tiene reputación de entender sobre la oración, y nunca me han dado una respuesta sensata, así que he pensado que como usted probablemente no sabe nada, acaso pueda encontrar la respuesta correcta». ¡Bonita situación! Entonces yo le dije: «¿Cuál es su problema?» La anciana dijo: «Los últimos catorce años he estado recitando la oración de Jesús casi continuamente y nunca he advertido la presencia de Dios». Entonces, un poco a ciegas, le dije: «Si usted habla todo el tiempo, no le deja a Dios ocasión para pronunciar una palabra». Ella dijo: «¿Qué debo hacer?» Yo dije: «Vaya a su habitación después de desayunar, póngala en orden, coloque su sillón en una posición estratégica que deje a su espalda todos los rincones en los que quedan cosas desechadas que no desea que se vean. Encienda su lámpara de mesa ante el icono que usted tiene y lo primero de todo haga inventario de su habitación. Permanezca sentada, mire alrededor y trate de ver dónde vive, porque yo estoy seguro de que si usted ha orado continuamente esos catorce años, hace mucho tiempo que no ve usted su habitación. Y luego saque su calceta y durante quince minutos haga punto delante de Dios; pero le prohíbo que diga ni una palabra de oración. Usted haga punto y trate de disfrutar de la paz de su habitación».

Ella no pensó que fuera un consejo muy piadoso, pero lo siguió. Después de un poco de tiempo, vino a verme y dijo: «¿Sabe usted? Es eficaz». Yo dije: ¿Qué es eficaz, qué pasa?» Porque me sentía lleno de curiosidad por saber cómo funcionaba mi consejo. Y ella dijo: «He hecho lo que usted me aconsejó que hiciera. Me levanto, me lavo, pongo mi habitación en

orden, desayuno, vuelvo, me cercioro de que no queda nada que me preocupe, y entonces me siento en mi butaca y pienso: ¡Oh, qué agradable, paso quince minutos en los que puedo no hacer nada sin sentirme culpable!» Y miro alrededor y, por primera vez después de muchos años, pienso: «Dios mío, qué bonita habitación tengo —con una ventana abierta al jardín, una bonita disposición, espacio suficiente para mí—, cuántas cosas he reunido en estos años». Luego dijo: «Me sentí tranquila porque la habitación resultaba tan acogedora. Sonaba el tic-tac de un reloj, pero no estorbaba al silencio, su sonido solamente subrayaba el hecho de que todo estuviera tan quieto y, después de un rato, recordé que debía hacer punto ante el rostro de Dios, así que empecé a tejer. Y me hice más y más consciente del silencio. Las agujas rozaban el brazo del sillón, el reloj sonaba pacíficamente, no había nada por lo que preocuparse, no tenía que sentirme tensa, y entonces me di cuenta de que no era simplemente una ausencia de ruido, sino de que el silencio tenía una sustancia. No era ausencia de algo, sino presencia de algo. El silencio tenía una densidad, una riqueza que empezó a impregnarme. El silencio reinante comenzó a acercarse y fundirse con mi silencio». Y al final dijo algo muy bello que he encontrado más tarde en un escritor francés, Georges Bernanos. Dijo: «De repente, percibí que el silencio era una presencia. En el corazón del silencio estaba El, que es todo calma, paz, elegancia».

Después de aquello, ella vivió unos diez años más, y decía siempre que podía encontrar la calma y el silencio cuando ella misma se sentía en calma y silenciosa. Eso no quiere decir que abandonara la oración, quiere decir que podía mantener ese silencio contemplativo durante algún tiempo, luego su mente empezaba a estremecerse, y volvía a la oración vocal hasta que la mente se calmaba de nuevo, entonces se sumergía otra vez en el mundo sin palabras del silencio, como antes. Muy a menudo nos puede ocurrir esto a nosotros, si en lugar de hacer cosas a plena atención, dijéramos simplemente: «Dios mío, estoy en tu presencia, qué alegría, quedémonos así, tranquilos».

En la vida de un cura católico francés, el Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, hay una historia de un viejo campesino que se pasaba horas y horas sentado en la capilla sin moverse, sin hacer nada. El sacerdote le dijo: «¿Qué haces tantas horas?» El viejo campesino dijo: «Le estoy mirando. El me mira y somos felices».

Esto sólo se puede alcanzar si aprendemos una variedad de silencios. Comenzando por el silencio de los labios, el silencio de las emociones, el silencio de la mente, el silencio del cuerpo. Pero sería un error imaginar que podemos empezar por el último extremo, con el silencio del corazón y de la mente. Debemos comenzar por poner silencio en nuestros labios, poner silencio en nuestro cuerpo, en el sentido de aprender a mantenerlo quieto, despojarlo de tensiones, no caer en sueños despierto ni en negligencia, sino usar la fórmula de uno de nuestros santos rusos: ser como la cuerda de un violín, de tal manera que pueda dar la nota correcta, sin estar tan tensa, hasta el extremo de estallar, ni muy poco, como para dar un sonido imperfecto. Y desde ese momento en adelante, debemos aprender a escuchar en silencio, a estar absolutamente quietos, y podremos, más a menudo de lo que pensamos, descubrir que las palabras del Libro de la Revelación son verdad: «Yo estoy a la puerta y llamo».

En el capítulo siguiente consideraremos las condiciones básicas para establecer la oración en relación con la manera de dirigirse a Dios y poder hablarle.

V. BUSQUE UN NOMBRE

En este capítulo me gustaría decir algo relativo al momento en que ya estamos tan bien dispuestos que la oración se vuelve realmente posible y viva. Visto lo que llevo dicho y lo que queda sobreentendido en el fondo, la oración es obviamente una relación, un hallar una vía para relacionarnos con el Dios vivo. Llega un momento en que esta relación se transforma en algo vivo. Y puesto que se trata de relación, quiero comenzar con algo que se refiere por igual a la oración y a las relaciones humanas.

Una relación se vuelve personal y real en el momento en que se escoge a una sola persona entre la multitud. Entonces esa persona se vuelve única por propio derecho, cuando cesa de ser anónima. Alguien ha hablado de «la sociedad anónima» en la cual, en vez de tener nombres y apellidos y cualidades y personalidad, somos definidos en términos generales como «contribuyentes», y así sucesivamente. En nuestras relaciones con la gente surge muchas veces ese elemento del anonimato «ellos». Hablamos en tercera persona cuando pensamos que alguien puede ser reemplazado fácilmente por otro, porque la relación es funcional, impersonal, y esa «función» puede ser ejercida por cualquiera, mientras una «persona» no puede ser reemplazada por ninguna otra. Podría decirse que una relación se vuelve real en cuanto uno empieza a pensar de una persona en términos de «tú», en lugar de «usted». Usted sabe muy bien la diferencia de una relación que se basa en «tú» y «yo» con otra basada en «él» y «yo».

La oración comienza cuando, en lugar de pensar en un Dios remoto, «El», «El Todopoderoso», etc., uno puede pensar en términos de «Tú», cuando ya no se trata de una relación en tercera persona, sino en primera y segunda persona. Tomemos, por ejemplo, el Libro de Job, donde existen problemas. Tomemos muchos otros casos en las Sagradas Escrituras y en la vida, en las vidas de los santos y pecadores, donde se dan tensiones y confrontaciones violentas. Siempre hay algo personal. No hay oración en tanto exista una precavida, distante y fría relación, mientras haya protocolo entre Dios y nosotros, mientras no podamos hablarle, sino dirigirnos a El por medio de largas y complejas sucesiones de palabras y de actos. Pero llega un momento en que abandonamos toda ceremonia y hablamos en primera y segunda persona. Decimos «yo» y esperamos que «El» sea «Tú».

Hay otra circunstancia en una cordial relación humana: aquella en que buscamos el nombre de una persona. No me refiero a un nombre en general, carente de significado, sino al caso en que una determinada persona tiene algo que ver con un nombre. Ustedes saben, por ejemplo, lo personal que, en un aspecto positivo y también negativo, puede ser un mote. Un mote puede ser un medio de chafarte, de dejarte de lado, de destrozar cualquier sentimiento entre dos personas; pero también puede ser un nombre que sólo dos personas usen, o un pequeño grupo de personas que están tan profunda e íntimamente unidas unas con otras, que el nombre resulta lleno de sentido para ellas, porque es sumamente personal. Cuanto más absurdo, en cierto modo, más personal es, porque nadie lo inventaría, excepto usted.

Luego está el apellido. El apellido a menudo nos parece extraño, un término general como «humanidad»; ¡tanta gente tiene el mismo apellido! Sin embargo, si lo miramos más atentamente en el contexto de las relaciones humanas, podemos darnos cuenta de que el

apellido es la marca de una comunidad. De generación en generación, hacia atrás, en la historia, gente que es de nuestra sangre, cuya vida está dentro de nuestros huesos, formando parte de nuestra herencia, en nuestra propia mente, ha llevado este nombre, y este nombre nos une a muy lejanas generaciones de gente y probablemente nos unirá, en el futuro, a otras; por los distintos vínculos de matrimonios y familias constituiremos una vasta red de gente estrechamente relacionada entre sí. Si en lugar de pensar en apellidos, piensa usted en herencia, en genealogía, ¿no es eso lo que encontramos en dos de los Evangelios respecto del Señor? ¿No es esto precisamente lo que esta genealogía indica: una conexión de generación a generación entre concretos y auténticos seres humanos? Así que un apellido es algo que podemos tratar con inmenso interés porque sostiene todo nuestro pasado en una palabra, y si pensamos en otras personas en estos términos, los apellidos podrían cobrar vida. En vez de ser la expresión de la individualidad de alguna persona y su misma individualidad en relación con nosotros, como lo es un mote, nos uniría a todos de golpe a esta persona única, a un conjunto completo de seres...

Luego está el nombre cristiano, el nombre que recibimos en el bautismo: es el nombre por el cual Dios toma posesión de una persona. El nombre del bautismo une a la persona con Dios, porque al recibirlo, muere con Cristo y vuelve a nacer; pero también le une a una variedad de gente a la que se le ha impuesto el mismo nombre y, en primer lugar, con aquel que convirtió un nombre pagano en cristiano, el primer santo que lo llevó a la Iglesia.

También nosotros tenemos otro nombre, uno que no conocemos. Usted recuerde el pasaje en el Libro de la Revelación que dice que en el Reino cada uno recibirá una piedra blanca con un nombre escrito encima, un nombre conocido solamente por Dios y por quien lo recibe. Este no es un mote, ni un apellido, ni un nombre propio. Es un nombre, una palabra que es idéntica a nosotros, que coincide con nosotros, que es nosotros. Podemos casi decir que es una palabra que Dios pronunció cuando quiso nuestra existencia y que es nosotros, como nosotros somos ella. Este nombre define nuestra absoluta e irreplicable individualidad en cuanto concierne a Dios. Nadie puede saber el nombre, como tampoco, en último extremo, puede conocer a nadie como Dios le conoce a él; y, sin embargo, gracias a este nombre puede conocerse todo cuanto se refiere a nosotros.

Se puede usted preguntar por qué me centro en los nombres. Es porque parte de nuestra oración se relaciona directamente con Dios y es nuestro lazo de unión con El; pero también otra parte de nuestra oración es el lazo de unión con el mundo exterior, y cuando rezamos unos por otros, le llevamos nombres a Dios y nada más. Pero esos nombres están llenos de significado, de acuerdo con las circunstancias, de acuerdo con que seamos capaces o no de captar la profundidad de lo que decimos. Si nombramos a gente ante Dios sin ningún sentido del nombre, simplemente usando nombres como etiquetas, carentes de sentido, nuestra relación es de pobre calidad; si pronunciamos un nombre con alguno de los significados que he tratado brevemente de explicar, entonces nuestra oración no solamente es como si presentara a una persona en nuestras manos, sino que nos liga a esta persona con una relación no de compasión, ni de amor, sino de identificación, de compartir, de solidaridad, que tiene diferentes características.

También esto es así en la otra dirección. A menos que encontremos el verdadero nombre de Dios, no tendremos libre, real, jubiloso y abierto acceso a El. Mientras tengamos que dirigirnos a Dios con fórmulas corrientes, como «El Todopoderoso», «El Señor Dios», mientras tengamos que poner el artículo «el» delante de la palabra para hacerla anónima, para hacerla término genérico, no podemos usarla como un nombre personal. Pero hay momentos cuando los escritores sagrados, por ejemplo, se arrancan con algo que tiene las características de un mote, algo que nadie más podría haber dicho, que está en el límite de lo posible y de lo imposible, que solamente es posible porque existe una relación de amistad. Recuerde el salmo; luego de unas formas de expresión más comedidas, de repente David exclama: «¡Tú, mi Alegría!» En ese momento todo el salmo se llena de vida. Diciendo: «Oh, Tú, nuestro Señor», «Oh, Tú, el Todopoderoso», y cosas parecidas, se le dicen a Dios cosas sobre El; pero dejándose llevar por el sentimiento y diciendo: «Oh, Tú, mi Alegría», el asunto cambia. Y cuando podemos decirle a Dios: «Oh, Tú, mi Alegría», o cuando usted puede decirle: «Oh, Tú, Pena de mi vida, ¡oh, Tú, que estás en medio de ella como un tormento, como un problema, como un obstáculo!», cuando podemos dirigirnos a El con violencia, entonces hemos establecido una relación de oración.

Por esto, es muy importante para nosotros mirar si hay nombres en nuestra experiencia que puedan aplicarse a Dios. En principio, porque podemos cambiar de nombre de vez en cuando. Hay momentos en los que percibimos un aspecto de nuestra relación con Dios y en otros momentos vemos otros aspectos, de la misma manera que, en relaciones amistosas o de afecto entre nuestros amigos, no usamos una sola expresión para hablarnos, sino una variedad de matices y tonos. Para tratar con Dios, tenemos «El Todopoderoso», tenemos «El Señor», tenemos «El Creador», tenemos «La Providencia», tenemos «La Sabiduría», pero también tenemos un nombre muy sencillo, como Jesús, que es, voy a decirlo, un nombre cristiano.

Puede sonar raro decir que Cristo tiene un nombre cristiano; espero que entenderá lo que quiero decir. Me recuerda una discusión que una de mis feligresas, que es cristiana, sostuvo con su esposo, que no lo es. El pasó cuarenta años de su vida tratando de demostrarle a ella que el cristianismo no vale la pena, y un día, desesperada, ella dijo: «¿Cómo puedes decir eso, cuando Dios fue primero judío y luego se hizo cristiano?» La forma en que yo digo que Jesús es un nombre cristiano puede hacerle acordarse de este acontecimiento de los tiempos primitivos; sin embargo, es un nombre humano, el primer nombre cristiano escrito en los anales de la Iglesia. Y si recordamos esto, si somos conscientes de los lazos que establece entre El y nosotros, entenderemos por qué generaciones de cristianos se han aferrado á este nombre; probablemente no porque San Pablo diga: «Ante el nombre de Jesús, se doblarán todas las rodillas, porque aunque esto es verdad, no es esto lo que inspira amor en un nombre. Eso puede corresponder a la mención de «El Todopoderoso» o «El Señor», pero el nombre de Jesús es un nombre vivo, real, un nombre personal.

Y usted puede encontrar muchos otros nombres. Estoy seguro de que si un día «Oh, Tú, mi Alegría» o cualquier exclamación de esta clase sale de sus labios, será el momento en que usted habrá descubierto una relación entre El y usted que le es propia, que es una relación que no comparte con otras personas. No quiero decir que no deban compartirla. Tenemos palabras para Dios que pertenecen a todos nosotros, pero hay palabras que me pertenecen sólo a mí o a usted, de la misma manera que, en las relaciones humanas, hay apellidos, hay nombres

propios, hay mote. Es bueno que tenga usted un mote para llamar a Dios Todopoderoso, un mote en el cual se condense toda la hondura de su corazón, toda la cordialidad de qué sea usted capaz; es como una manera de decir: «Yo, personalmente, interpreto de esta forma tu personalidad».

Si en el proceso de descubrir en qué punto está en su relación con Dios —en qué medida es forastero— alcanza usted el momento de llamar a la puerta, de descender más y más en su propia intimidad, dirigirse la oración a sí mismo, acercarse al punto donde hay una puerta en la que llamar, al punto en que puede ser abierta, llegará un momento en que la puerta se abrirá, pero entonces debe usted tener un nombre para Dios. Debe usted decirle una palabra que demuestre que es usted quien le andaba buscando y no un ser humano indefinido en busca de un Dios anónimo.

En el proceso de la búsqueda habrá sufrido usted pena, angustia, esperanza, confianza, toda la serie de emociones humanas. Dios habrá sido el Deseado y habrá sido el Frustrante. Habrá sido Aquel por quien usted suspira y Aquel a quien odia porque se le escapa, Aquel a quien ama por encima de todas las cosas, sin Quien usted no puede vivir y a Quien no puede perdonar, porque no contesta, y muchas otras cosas. Y a lo largo de esta búsqueda surgirán gradualmente palabras, con las que podrá hablar con Dios por su propia experiencia en la búsqueda del Santo Grial, palabras que serán particulares suyas. Puede notar que coinciden con muchas palabras que han usado otros. Entonces cesarán de ser palabras anónimas, serán palabras que tendrá usted en común con otra gente, pero que se han convertido en palabras verdaderamente suyas. Pero no use palabras que están en un diccionario corriente, palabras que no le pertenezcan. Cuando comience a oír que suena una cadena al otro lado de la puerta, cuando sienta que ésta se va a abrir, entonces pronuncie las palabras propias y llame a Dios por el nombre con que le distingue en su propia vida. En ese momento se habrán encontrado. En la relación de eterna dependencia y de enriquecimiento que sigue, tendrá mucho tiempo para descubrir otras palabras, para desechar las palabras de odio y de angustia. Como los mártires de los que se habla en el Libro de la Revelación, dirá usted: «Tú has sido justo y verdadero en todo momento». Y estas palabras borrarán todas las palabras de amargura, todos los nombres de tono cruel, pero usted conservará los nombres personales, creados por usted, que serán una relación real y un modo auténtico de comunicarse con el Dios vivo.

Lo que he dicho respecto al aprendizaje de la oración es, yo creo, bastante práctico como para que usted pueda ejercitarse. Es obvio que se podía haber dicho mucho más sobre otras cosas, pero trate de ensayar en torno a lo que le he sugerido y verá que no es una pérdida de tiempo. Busque un nombre, y si no tiene un nombre, no se sorprenda de que nadie le oiga: no llama a nadie.